

Una historia peruana para el pueblo peruano. De la genealogía fundacional de Sebastián Lorente

Mark Thurner¹

«La historia», dice un autor que no recordamos, «es el libro de los reyes; pero es preciso que esté escrito por hombres libres y amigos de la verdad.» Este autor debió ser cortesano; porque si no, hubiera dicho: «La historia es un maestro de escuela que enseña a leer a las sociedades modernas en el libro en que aprendieron a deletrear las antiguas.»
Juan ESPINOSA, *Diccionario para el pueblo* (1855)

Desde 1789 hasta nuestros días, por la violencia y repetición de los trastornos políticos, puede decirse que nos hallamos en la edad de las revoluciones. No obstante la inestabilidad de las instituciones y entre los frecuentes cambios de gobierno, se deja sentir más y más la dominación del gran número; si no todo se hace por el pueblo, se procura manifestar que todo es para el pueblo.
Sebastián LORENTE, *Compendio de historia contemporánea* (1876a)

Jacques Ranciere sostiene en *Los nombres de la historia*, su brillante meditación sobre Jules Michelet y la historiografía francesa, que la tarea del historiador en la edad republicana y democrática se presenta como un «contrato» trinitario a la vez político, científico y literario (RANCIERE 1994). Sin querer «comparar» a Michelet con Lorente, sostendremos que cumplió el mismo papel fundacional: narrar la nación como gesto civilizador del pueblo en el benigno suelo patrio, desde sus primitivos orígenes o «germen» hasta su destino providencial, cuya expresión eterna es un «espíritu nacional» y «comunal» con nombre propio de «peruana».

Partiendo del análisis de Ranciere, y con miras a una nueva lectura de Lorente, nos parece por tanto útil preguntar lo siguiente: ¿Por qué, cómo, y para quién escribió Lorente su historia de la civilización peruana? Para dar respuesta mínima a esta triple interrogante tan fundamental como potencialmente ilustradora será necesario volver sobre lo que «la edad de las revoluciones» republicana y liberal significaría para la ciencia poética de la historia en el Perú.

¹ Profesor Asociado de Historia y Antropología, Universidad de Florida y Becario Fulbright-Hays en el Perú.

I. Revolución e historia en el Perú

Borrar el nombre de los reyes

En Francia, al rey lo mataron primero. Quizá por ello ese país europeo se coronó —claro, con el gorro republicano— como la nostálgica «cuna de la historia contemporánea universal». Pero el hecho más fundamental no se dio en la Bastilla sino en la Convención Nacional, cuando un buen día (21 de septiembre de 1792) se declaró con radical júbilo popular no sólo «la muerte» del «nombre de los reyes» sino también la extinción del «libro de los reyes» porque —según el obispo de Blois— «la historia de los Reyes es el martirologio de las naciones» (LORENTE 1876a: 26).² Se declaró así un nuevo día para la humanidad (al menos en París); entonces se comienza a contar, a partir del 22, «el Año primero» de la «época contemporánea de la Historia Universal».

En América, al rey no lo mataron —con la graciosa excepción, décadas después, del desgraciado Maximiliano— pues era un «simulacro» colonial, un nombre hiperpoderoso (OSORIO 2001). Su muerte carnal no fue posible, pero tampoco necesaria. En teoría, la revolución republicana y democrática, tanto americana como europea, buscaba borrar «el nombre de los reyes» para inscribir encima «el nombre de los pueblos»; es decir, la revolución desplazaría la soberanía real hacia el pueblo representado. Con ese fin, los hombres patriotas redactaron el «documento» fundacional: la Constitución de la República. En el Perú ocurre ello el 28 de julio de 1821. Entonces se imprime, sobre el papel sellado del rey, el nuevo sello de la patria con estas palabras: «Año primero de la vida independiente». Así, el Perú entra definitivamente en el universo textual llamado «Historia contemporánea». Se inicia la americana muerte, simbólica y lingüística, del rey simulacro. En su bando de 17 de julio de 1821 San Martín proclama:

No concertando el Sistema de Yndependencia que ha adoptado espontáneamente esta Capital, con la conservación de las insignias que había puesto por ligar estos Pueblos a su obediencia la anterior Dominación y calculadora tiranía; es necesario se borren, quiten y destruyen los Escudos de Armas del Rey de España que se hallan colocados en los Edificios públicos pertenecientes al Estado, como toda otra qualquier demostración que denote la sujeción y vasallaje a que antes pertenecían vergonzosamente.

² Sin embargo, la muerte del libro de los reyes en Francia tuvo que esperar a que Jules Michelet escribiera, en la época triste de la restauración, su historia de la revolución. En el Perú la situación era parecida, sin haber vuelto por supuesto la monarquía; tendrá que esperar varias décadas de «definición» caudillista para que se escribiera una historia nacional de orientación republicana y liberal.

samente estos Pueblos, va a proclamarse la Yndependencia en esta Capital, y deben desaparecer antes esos Monumentos de la antigua opresión y servidumbre: en su lugar dispondrá el Excelentísimo Cabildo que se ponga un letrero con el siguiente mote: *Lima independiente*.³

Al rey de España lo habían «desaparecido» con un gesto de olvido colectivo, en el borrar y reescribir al estilo pedante del maestro de escuela. Recordemos que esta clase de actos políticos «en pizarrón» no se limitaban a los confines de la Lima amurallada: Juan Antonio Álvares de Arenales, Coronel Mayor de los Ejércitos de la Patria y Jefe General de la División de Vanguardia del Ejército Libertador del Perú, ya había proclamado y jurado «las banderas de la Patria» y el fin del «vasallaje» al rey de España en Tarma en noviembre de 1820.⁴ Se proclamaron semejantes actos en todas partes: Cuzco, Arequipa, Huaraz, Huánuco, Trujillo, Tumbes.

Es por lo demás evidente que San Martín y los suyos comprendieron el sumo valor revolucionario del gesto simbólico. El «Protector» recogió personalmente el ya mítico «estandarte de Pizarro» que, para los patriotas adictos al gesto épico, simbolizaba la conquista y dominio españoles en «el país de los Incas». ⁵ Luego declaró la abolición del «tributo» de los «indios o naturales» porque era «signo humillante del dominio del Rey de España» en estas tierras. Para San Martín el propio nombre «indio» equivalía a «vasallaje» colonial, y por lo tanto tuvo que borrarse también. En adelante se los reconocerá con el nombre propio de «peruanos». Otros ejemplos: por decreto de 1822, el antiguo Colegio del Príncipe, dedicado a la educación de los hijos de los curacas, se rebautiza republicanamente como «Colegio de la Libertad». En el mismo local se instalará la flamante Biblioteca Nacional, creada por decreto de San Martín. El Congreso Constituyente no quedó atrás. Rebautiza entonces el castillo de Real Felipe en el Callao, imponente símbolo del poder real español, en «Castillo de la Independencia [...] mandando grabar las nuevas denominaciones con el fin de que “se borre enteramente la memoria de las antiguas”» (QUIJADA 1994: 367). Sus cinco baluartes también cambiaron su carné de identidad: El antiguo baluarte del «Rey» se transforma en «Manco Cápac» y el de «la Reina» se luce aún más bella como

³ Decreto de San Martín de 17 de julio de 1821. *Latin American Manuscripts-Peru*, Mendel Collection, Lilly Library, Box 9 (mayo 1818-agosto 1821).

⁴ Bando de 28 de noviembre de 1820, por orden de don Juan Antonio Álvares de Arenales, en Tarma. *Latin American Manuscripts-Peru*, Mendel Collection, Lilly Library, Box 9 (mayo 1818-agosto 1821).

⁵ Curiosamente Bolívar repite el gesto. Luego los museos argentinos y colombianos disputan la autenticidad de los «estandartes» en su posesión. Al fallecer San Martín en París su hija entrega el estandarte a Ramón Castilla, entonces Presidente de la República. *Latin American Manuscripts-Colombia*, Mendel Collection, Lilly Library.

«la Patria». Sin embargo, tanto en Lima como en París, las cosas y los nombres —y, como bien sabemos, aun las modas— podían revertirse a lo antiguo. Habrá tiempo para que otro libertador intentara borrar del suelo peruano, de una vez por todas, el nombre del rey de España.

Aquel borrar revolucionario venía siempre acompañado por el gesto pedante y refundador de re-escribir la Historia. El rey podía ser reemplazado por un inca; la reina por la patria (una alegórica figura femenina de raza blanca, vestida a usanza griega antigua y que simbolizaba el fértil suelo natal); la corte virreinal por el congreso republicano; todo aquello hecho posible por el gesto revolucionario del heroico caudillo libertador. Así, cuando Sucre entra triunfante en el Cuzco (felizmente el Bolívar de carne y hueso no estuvo presente, pues a lo mejor no hubiera consentido en lo que harían después con su busto) los notables de la «Ciudad Imperial» orquestan un gesto histórico-patriótico, comunicando la vida de ultratumba de «sus ancestros» con la del futuro brillante y providencial:

La tarde del 3 [de febrero de 1825] fue colocado el busto de nuestro Dictador [Bolívar], en el antiguo templo del Sol. Los INCAS que allí yacen, levantaron las cabezas de sus sepulcros, y al ver al LIBERTADOR de su país, lo bendijeron; y cubiertos de gloria, volvieron satisfechos a sus frías tumbas.⁶

El héroe ausente posiblemente hubiera estado contento al saber que los incas habían vuelto a sus tumbas. Meses después, a su llegada al Cuzco, el gran republicano colombiano decreta la abolición de todo título de nobleza a pesar de que el Congreso Constituyente en Lima ya lo había hecho —quizá era necesario repetirlo en un lugar como Cuzco—, incluyendo «el título y autoridad de los caciques» indígenas y mestizos que habían sobrevivido la atroz opresión del muy inteligente y temible visitador general Areche.⁷ No sabemos la reacción que posiblemente se emitió desde las tumbas reales del Templo del Sol, pero lo cierto es que queda constancia de las palabras escritas, luego pronunciadas en el Congreso de la República hacia 1826. Nos referimos en particular a las del diputado por Puno Benito Laso: «Peruanos: Bolívar es a quien debeis la vida, la libertad, y el nombre [...] El es, quien, enemigo del nombre de los Reyes, se ha constituido el ángel del régimen representativo» (LASO 1826).

⁶ *El Sol del Cuzco*, N.º 7, 12 de febrero de 1825.

⁷ Decreto de 4 de julio de 1825 en Cuzco.

El nombre y el libro

El hecho contemporáneo es que el borrar el «nombre de los reyes» políticamente siempre implicaba una eventual supresión histórica del «libro de los reyes» y su re-escritura en favor del «libro de los pueblos»; vale decir, el gesto político, científico y literario de representarse a sí mismo en el manual de historia de la escuela de los ciudadanos. Por eso, en su *Diccionario para el pueblo* de 1855, Juan Espinosa⁸ define la Historia ya no como «el libro de los reyes» sino como «un maestro de escuela que enseña a leer a las sociedades modernas en el libro en que aprendieron a deletrear las antiguas». No cabe ninguna duda de que el gran maestro de escuela de la nueva historia republicana, liberal y patriótica en el Perú era nuestro autor: Sebastián Lorente.⁹ Pero antes de acercarnos al maestro y a su obra cabe aclarar dos asuntos: ¿por qué enseñar a leer al pueblo moderno en el libro de las sociedades antiguas?, y ¿qué había sido aquel «libro de los reyes» que en un momento se quiso borrar del mundo de las letras peruanas?

Es notable que la definición o explicación de la «Historia» ofrecida por Juan Espinosa ni siquiera mencione a los reyes. Hay allí una razón simple para la omisión: en la imaginación republicana clásica e ilustrada de la «edad de las revoluciones» la única «verdadera historia» era la antigua, aquélla de las civilizaciones de Roma y Grecia y aun la del Oriente, por ser esta última «cuna de la civilización y de la humanidad». Como veremos para el caso del Perú republicano y liberal de Sebastián Lorente, la «verdadera historia» contemplaba no sólo la muy antigua del Viejo Mundo sino también la larga carrera de la «civilización peruana» en el suelo nacional, desde la lejana época de las «culturas primitivas» preincas hasta el presente, inclusive proyectándose hacia un futuro providencial. Recordemos que las modernas repúblicas de la Europa, de la América inglesa y de la América española habían sido imaginadas y pronunciadas de acuerdo con un complejo juego novedoso de imágenes y discursos renacentistas, ilustrados y románticos, como descendientes providenciales de las antiguas.

Los arcos y las togas se pusieron de moda, inclusive en los escenarios y trajes de los incas que se representaban o dibujaban en París o en Lima. Al mismo tiempo las «barbaridades» de la historia antigua presen-

⁸ Podrá decirse que Espinosa era «uruguayo» aunque tal «país» no existía en aquel entonces. Lo mismo ocurre con Lorente, aunque él nace en España en 1813, cuando España y América formaban una sola nación según la Constitución de 1812. En este momento todos los «peruanos» eran constitucionalmente «españoles», inclusive los «indios». Las «naciones» estaban aún por definirse.

⁹ Sobre el papel fundacional y preponderante de Lorente en la pedagogía liberal peruana, ver RUBIO FATACCIOLI 1990.

taban obvias lecciones temibles para la civilización moderna, pues cuentan las historias clásicas que las ciudades e imperios de la Grecia y Roma habían sucumbido ante las hordas bárbaras, sean griegas, persas o alemanas. Las lecciones de la historia antigua para la sociedad moderna eran muchas y muy ventajosas, admirables y peligrosas, es decir, políticas, científicas y literarias. Vincular las modernas repúblicas con las antiguas civilizaciones mediante la enseñanza «crítica» de la historia antigua brindaba un elemento profundo de «permanencia» y aun de superioridad a los precarios estados nuevos. Además, el pasado glorioso de la antigüedad postulaba un porvenir brillante para la República, eso sí, siempre y cuando supiera evitar los «peligros de la barbarie» que habían hecho tanto daño en la antigüedad. El hombre nuevo de la República podía sentirse antiguo y universal en su orgullosa ciudadanía moderna. No necesitaba de reyes para poseer historia profunda y prometedora.

Lorente pone muy en claro el motivo peruano de la lectura moderna del libro antiguo. En la introducción a su pionera *Historia antigua del Perú* (1860a) sostiene lo siguiente:

Si la civilización antigua del Perú ofrece un interés general a los hombres de todos los países, tiene para nosotros el de la actualidad y el del porvenir. Ella está personificada en monumentos que aún subsisten, vive en nuestras costumbres e influye sobre nuestra marcha social y política; quien la ignora, no puede comprender nuestra situación, ni dirigir la sociedad con acierto. La influencia que su conocimiento está llamado a ejercer sobre nuestros sentimientos, excede en importancia a las luces que nos da para comprender el presente. Por la grandeza pasada presentiremos la futura; y conociendo mejor lo que puede ser el Perú, cooperaremos con mayor resolución a su engrandecimiento. (LORENTE 1860a: 8-9)

Lamentablemente para los republicanos de la época independentista —como nuestro soldado ilustrado Juan Espinosa— resultaba que al final de cuentas «el libro de los reyes» también era sumamente «antiguo» y por tanto no les era dado monopolizar la antigüedad. Consultando a la propia historiografía clásica o antigua de Occidente (Herodoto,¹⁰ Tácito, etc.) era evidente que los reyes no fueron invenciones «modernas» de las edades media y moderna ya que habían existido desde los orígenes de la misma historia escrita. El hecho era que no se pudo borrar del todo el «antiguo régimen» de la narrativa histórica de la nación, ni en las metrópolis europeas ni en las provincias o colonias americanas, donde ese «régimen» era reconocible como «la época del coloniaje». Así pues, los intentos iniciales entre las décadas de 1820 y 1850 de negar la época colonial a manera de leyenda negra, considerándola como un mero

¹⁰ Sobre la importancia de los reyes en la historia de Herodoto, ver HARTOG 2004.

«paréntesis», no florecerían mucho más allá de los años 1860 (aunque volverán con el indigenismo del siglo xx). Se dieron cuenta —y en esta tarea Lorente es fundamental— de que el mismo «libro de los reyes» podía ser útil para la elaboración de una larga y prestigiosa historia nacional. Tanto en el Perú como en México vendría a ser hasta cierto punto «necesario» reinsertar a los reyes y sobre todo a los virreyes dentro de una larga historia patria, para así brindar más elementos de «permanencia» o «continuidad» a su cada vez menos precario ser.

El libro de los reyes

En el prólogo a la majestuosa *Historia de la conquista de México* (1684), escrito por el erudito historiador cortesano de Indias don Antonio de Solís, se lee así:

AL REY NUESTRO SEÑOR. SEÑOR. Llamo la Venerable Antigüedad Libros de Reyes a las Historias; o porque se componen de sus Acciones, y Sucessos, o porque su principal enseñanza mira derechamente a las Artes del Reynar; pues se colige de la variedad de sus Ejemplos, lo que puede revelar la Prudencia, y lo que deve abrazar la Imitación. De cuyo principio nace, que la noble osadía de los Escritores, que dedican sus Obras a los Grandes Reyes, sea menos culpable, o mas generosa en los Historiadores, que sin disputar su estimación a las demás Facultades, tienen por suyo el Magisterio de los mayores Oyentes. (SOLÍS 1684)

A pesar de las apariencias, tales dedicatorias no eran meras genuflexiones a poderosos patrones y temibles censores. La historia como tal era inseparable de la poética y política dinásticas, del quehacer de los nobles y de los linajes reales. Las historias cortesanas «de los hombres libres y amantes de la verdad» mimetizaban a sus objetos de estudio, convirtiéndolos en sujetos de historia viva. El «libro de los reyes» se escribía para y sobre el actuar de los hombres nobles. Precisamente por eso, a la historia también la llamaban «la ciencia noble» y «la ciencia de los príncipes». En el Perú, como en otros reinos y provincias del imperio español, el «oyente mayor» del historiador era el rey; sin embargo, el pupilo preferido del historiador siempre fue el príncipe heredero. Las lecciones de historia para el joven príncipe eran desde luego principescas: llenas de ejemplos heroicos y de virtudes caballerescas que debían ser «imitados». Asimismo, nunca faltaban los hechos malévolos y los personajes tiránicos y desgraciados —o sea lecciones morales de lo que se debía evitar al asumir sus responsabilidades de reinar. Las historias principescas o dinásticas eran a la vez sagradas y seculares. Esto no quiere decir, empero, que no eran modernas o filosóficas. En realidad, las

historias barrocas (neoplatónicas) e ilustradas (en el sentido amplio de la palabra) escritas en el mundo hispano durante los siglos XVII y XVIII solían ser modelos de modernidad en cuanto a sus métodos de investigación y de interpretación se refieren (CANIZARES-ESGUERRA 2001); en muchos casos sus autores manejaban sofisticadas teorías de estilo y de representación históricas.

Sin lugar a dudas, el mejor ejemplo peruano de dicha sofisticación teórica en el género de la historia dinástica es la obra del sabio criollo y rector universitario Pedro de Peralta Barnuevo (1664-1743). Hombre versátil, cuyo pensamiento abarcaba lo renacentista y lo barroco y anticipaba sutilmente lo ilustrado, Peralta escribe dos historias: una sobre la fundación de España y otra sobre la del Perú. Su respetada *Historia de España vindicada* (1730) empieza con la siempre indispensable dedicatoria al príncipe, en este caso escrita por su colega Ángel Ventura Calderón y Cevallos. En dichos prólogos era tradicional discursar puntualmente sobre la filosofía y utilidad de la historia. Las palabras elocuentes de don Ángel rindieron culto a esa venerable tradición:

Entre todos los ilustres Trabajos que emprenden los hombres es el de la Historia uno de los más gloriosos a un tiempo, y los más útiles; como que todo se dirige a la honra, y al exemplo. Es una empresa formada a dos hazes de inmortalidad; la que da a los pasados con el nombre, y la que previene a los futuros con la regla. Aun haze más que la misma heroicidad, y se estiende a más que todas las hazañas: porque es la misma heroicidad fecunda, y es todas las hazañas inmortalizadas. (PERALTA 1730)

La Historia «ofrece junto y reflectado todo lo que separado y desnudo dieron los sucessos: y lo que aun la vista no pudo distinguir confuso, lo da ordenado su memoria». Así, «no solo compense lo que le falta de existencia en los hechos, sino que lo mejore, cuanto excede la realidad de las luzes a la evidencia de los casos». La Historia no es solamente el espejo de todo lo grande en la vida, es aun más grande que la vida porque es la brillante suma de «todas las hazañas inmortalizadas». Bien. Y ¿qué era el rey? El rey era precisamente la suma de «todas las hazañas inmortalizadas» de su real stirpe. El príncipe debía no sólo «imitar» las hazañas de sus reales antecesores sino «mejorarlas», es decir, ser más grande que ellas y así ofrendar a la mayor gloria de su linaje sus virtudes o «cualidades». Por ello el rey era «una historia animada». Al igual que los príncipes bienhechores, el historiador «mejoraba» y «memorizaba» las hazañas confusas y olvidadas de la vida real. La historia misma era «dinástica» ya que era «una copia» del rey. Lo antedicho está claramente manifestado por Peralta en las primeras páginas de su espléndida *Historia de España vindicada*:

No es solo esta Historia de España deuda, que pertenece a V.A. por dominio, sino Copia, que se le dedica por Virtud; siendo V.A. un compendio mejorado de sus Reyes, y de sus Héroes: de suerte que pudiera decirse, que es ya desde ahora V.A. una suprema animada Historia de sus hazañas; como la Historia una Regia mental heredera de sus timbres. En ella vera V.A. todo lo que ha sido su Augusta Sangre, y todo lo que ha de exceder su inmortal Nombre. Porque sus Soberanos Progenitores entran en V.A., no le forman; llegando a su Grandeza, como Océanos que se comunican, de manera que con una Circulación de Regio honor les vuelve V.A. más perenne la gloria que recibe. Registráralos en esta Historia V.A. para complacencia, aun más que para estímulo: porque se alegrara de ver como correspondieron a la alta obligación de ser sus Ascendientes [...] no porque necesite de encenderse con sus hechos, quando en V.A. se han adelantado a este officio sus Virtudes. Leeralos, para imitarlos su respeto; no para aprenderlos su deseo: que V.A. se nació Paralelo, y solo tiene que vivir de exceso. Desde la cuna se fue exemplo: y solo podrá irse manifestando, no siguiendo. Desde ella ha comenzado V.A. a hablar Políticas, y a pensar hazañas. Solo necesitará V.A. de hazer imitación lo que es preciso que arda culto: erigiendo sus Reales Venas como Altares animados de los Augustos Santos que contienen. Así adorará V.A. en este modo su mismo Real Linage, y le rendirá sus qualidades como ofrendas. (PERALTA 1730)

Para Peralta, el linaje del trono del rey de España no es solamente «el más glorioso y grande de la historia del mundo», ya que España «ha añadido un Mundo al otro» (y, desde luego, «la mejor parte» del Nuevo Orbe es «el Perú»); era su linaje nada menos que «el Mapa intelectual de todas las Edades».

«El libro de los reyes» o la historia dinástica, de la cual Peralta y muchos de sus contemporáneos, tanto europeos como americanos, eran partidarios, profesaba una elegante verdad poética basada en las reflexiones filosóficas y teológicas de Platón, Cicerón y San Agustín, entre otros. Peralta nos explica con detalle la poética de su historia dinástica recorriendo al emblema o a la ayuda gráfica de una majestuosa lámina que sirve de frontispicio a la obra. La lámina emblematiza el trono de España y la Historia Universal. Lo que nos interesa aquí es la representación de la Historia como una «elegante Nympha» que «en lo inferior del Throno se ve en acción rendida, coronada de laureles» y que «insiste sobre un Globo, que indica este Nuevo Orbe; desde donde ofrece este Trabajo». La «Nympha» o la Historia está acompañada por «tres hermosos Genios, que significan las tres qualidades que ha de tener la Historia: la verdad, la elegancia, y la instrucción: y las tres que debe llevar el buen

estilo, de claro, brillante, y reflexivo; animados de los Motes, que ministran las sublimes palabras de San Agustín» en su *Doctrina Christiana*: «*Veritas pateat, Veritas luceat, Veritas moveat*»:

El primer Genio, que representa la claridad, y tiene el Mote, *Veritas pateat*, se indica con el espejo, que muestra como Symbolo de un claro desengaño. El que significa el adorno y se anima de el Mote, *Veritas luceat*, lleva una antorcha, como imagen de un esplendor brillante. Y el tercero, que espresa la doctrina y persuadió con el de *Veritas moveat*, ofrece a la vista unas cadenas de oro, que saliendo de los labios, atraen varios corazones, a semejanza de las que pintaban al Hércules Gálico. (PERALTA 1730)

Peralta anota que «aunque ello último lo dixo [San Agustín] por la doctrina Christiana, de que hablaba, puede bien adaptarse [los tres principios] a la fuerza de la sentencia y reflexión, con que la Historia debe persuadir a la imitación de las Virtudes y hazañas que refiere».

Al adaptar los principios agustinianos de la doctrina cristiana al «libro de los reyes» Peralta no hizo más que reconocer las dimensiones poéticas del discurso histórico. Son precisamente estos brillantes «genios» los que distinguen a la «verdadera historia» de los «primitivos Annales» o crónicas. Los anales no son «más que una estatua de narración» mientras que la «historia verdadera» es «un animado viviente de razón». El fin de la verdadera historia «es la instrucción» del príncipe y de las personas ilustradas de «su Nación» (el imperio español). Por eso «componen su estilo la pureza en las palabras, la claridad en los sucessos, la hermosura en las descripciones, la viveza en las sentencias, la energía en las Oraciones, el juicio en la crisis o definición de los Personages, y la dirección en sus elogios». En fin, la «verdadera historia» es «un Poema de la verdad sin metro», lo cual se confirma ampliamente por los ejemplos más ilustres y conocidos. Para ilustrarlo Peralta revisa el uso de los tropos y figuras retóricas en las obras de los historiadores clásicos como Livio, Floro y Tácito:

Ni aun en las figuras esta la Historia tan distante, como se imagina, de la Poesía [...] El fulgor del nombre Romano: la Furia, y hachas de la guerra: el torrente de los hombres, son otra cosa en Livio que una mera metaphora, o similitud? Subir el estrépito de las armas hasta el Cielo: mezclarse con el la altura, y la nieve de los Alpes, en el mismo; en Floro decir, que antes subirían las ondas del Océano al Monte Vinnio, que las Tropas Romanas: qué otra cosa es, que un conocido hypérbole? La osadía de Annibal en acometer, y el sonsejo de discurrir: ser el primero en el combate, y el último en la retirada, en el referido Livio; y en Tácito ponderar el verse a un tiempo en Roma, unido lo más prophano del ocio con lo más duro de la captividad; y una misma Ciudad horrible, y alegre;

poseyda del furor y del júbilo: qué otra cosa es, que una antithesis manifiesta? Aun en las Sacras Letras, donde parecen menos necesarios, se ven usados estos modos [...] Y aun, lo que es más, en el mismo Evangelio, el Sol, y la nieve son symbolos del rostro, y vestidura del Señor. Son estas imágenes el ahorro del discurso: porque son razón, y exemplo; pensamiento, y objeto a un mismo tiempo, conque se haze vista de la idea. Lo que se condena es la afectación, y la frecuencia. Porque solamente ha de tener la Historia la forma, no la materia, de la Poesía; el estilo del pensar, no del decir [...] Si según Cicerón ella es la luz de la Verdad, cómo se le ha de quitar el que brille? Y si es la Maestra de la vida, cómo se le ha de negar el que enseñe? Si es el Arte de los exemplos, como ha de dar estímulos para imitar? Y si es la Ciencia de los Príncipes, cómo no ha de dar reglas de regir? Este ha sido el dictamen de los mejores Críticos que han escrito del Arte y del estilo de la Historia. (PERALTA 1730)

No interesa aquí entrar en los detalles del fascinante contenido de la *Historia de España vindicada*. Sin embargo, es importante resaltar una cosa: La historia de Peralta recoge la tradición clásica de describir las «características» del «suelo y clima» como factores influyentes en el «carácter del hombre» nacido en él. Herodoto y Tácito son los precursores de esta tradición historiográfica, aquí retomada por Peralta y luego, como veremos, por Lorente; esta larga tradición entonces llamada «geografía histórica» encontraría su expresión más avanzada en la escuela francesa de «la historia de la civilización» que fundara Lucien Febvre y Fernand Braudel en el siglo xx. En el caso de Peralta, la caracterización del «país» y de «los hijos del país» establece el «teatro humano» sobre el cual se despliegan una milenaria procesión de héroes, santos y reyes, desde Hércules a los reyes godos, pasando por el mismo «Rey de los Reyes» y también por el arcángel San Miguel. Peralta no pudo concluir la prometeda segunda parte de la *Historia de España vindicada* que al lograrla hubiera conducido sin duda a Fernando VI, regente hacia 1730.

La segunda —y en el Perú mejor conocida— obra histórica de Peralta Barnuevo es un «poema de verdad» titulado *Lima fundada o la conquista del Perú*¹¹ (1732), dedicado al virrey del Perú. Se trata, entre otras cosas, de la gloriosa y cristiana conquista del Perú y la fundación de Lima por

¹¹ El título completo lo dice todo: «LIMA FUNDADA, O CONQUISTA DEL PERÚ. POEMA HEROICO EN QUE SE DECANTA TODA LA HISTORIA del Descubrimiento, y sugesion de sus Provincias por Don Francisco Pizarro, Marqués de los Atabillos, Inclyto y Primer Governador de este vasto Imperio. Y SE CONTIENE LA SERIE DE LOS REYES, LA Historia de los Virreyes y Arzobispos, que ha tenido; y la memoria de los Santos, y Varones Ilustres, que la Ciudad y Reyno han producido. LA QUAL OFRECE, DEDICA, Y CONSAGRA AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON JOSEPH DE Armendariz, Marqués de Castelfuerte, Commendador de Chichana y Montizon en el Orden de Santiago, Capitán General de los Reales Exercitos de S. Magestad, y Virrey de estos Reynos del Perú, Tierra firme, y Chile [...] En Lima [...] 1732».

el «héroe nacional» Francisco Pizarro. En su dedicatoria, Peralta inmortaliza el virrey, enlazándolo por «una geometría de honor» con el fundador Pizarro. Ambos son «héroes» del «Peruano Imperio». Pero dicha «geometría de honor» —la cadena «dinástica» que liga imaginariamente a los héroes culturales o civilizadores— se extiende aun más allá en el tiempo, al encadenar al primer inca Manco Capac, fundador de la dinastía cuzqueña y autor del primer gesto civilizador en «el Perú». Manco Capac ocupa el mismo lugar en la historia del Perú que el «Hércules egipcio» en la de España. Al contar en verso la historia de los incas, Peralta no hace más que traducir y actualizar la prosa fundacional renacentista del sujeto escritor Inca Garcilaso de la Vega. Así, Peralta establece una larga cadena de héroes culturales y reyes que va desde Manco Capac hasta Fernando VI y su virrey del Perú, el marqués de Castelfuerte.

¿Qué tiene que ver todo esto con la obra de Lorente? ¿Por qué hemos fijado nuestra mirada en los planteamientos de la poética dinástica barroca del «libro de los reyes» tal como fueron manifestados por Pedro de Peralta Barnuevo? Veremos más adelante que ciertos elementos clave de la poética histórica de Peralta encuentran su eco contemporáneo en la moderna «historia de la civilización» escrita por el «maestro de escuela» y en aquellos que (como por ejemplo, Basadre) seguirán sus huellas. Podemos decir que tal «eco» aún no termina de resonar entre las murallas de las centurias.

El maestro de escuela

El gran maestro de la Historia en el Perú republicano nació en la provincia de Murcia, España por el año 1813. Estudió teología y medicina; después, leyes y filosofía. En 1835 llegó a ocupar la cátedra de Filosofía en el Colegio Real de San Isidro de Madrid. Por las décadas de los 30 y 40 España vive una tenaz lucha política e ideológica entre liberales republicanos y conservadores monarquistas, dando por resultado la emigración de un número considerable de españoles que fueron hacia América y otros puntos europeos. Lorente deja España hacia fines de 1842 y llega al Perú en julio de 1843. Viene por invitación de los fundadores del nuevo colegio Guadalupe de Lima, el comerciante y terrateniente progresista Domingo Elías y el comerciante español Nicolás Rodrigo. Lorente asume la dirección del colegio Guadalupe en 1844, introduciendo la nueva enseñanza liberal europea que se iba desarrollando sobre todo en los colegios de Francia y España. Lorente y su sucesor Pedro Gálvez (quien le reemplaza como Director cuando, por razones de salud, el murciano se instala en Huancayo, fundando allí el colegio Santa Isabel), logran

convertir a Guadalupe en el baluarte liberal de la educación superior nacional.

En el campo político, Elías y sus seguidores fueron militantes en el club Progresista, pero pierden una lucha interna con Echenique y sus partidarios. Se refugian en las aulas del colegio Guadalupe, desde donde nace la revolución liberal de 1854. Gálvez y compañía marchan al centro y, con Lorente, hacen de montoneros, participando en un amplio movimiento popular que, tras triunfar en la Palma, será acaudillado por Ramón Castilla. En la lucha del 54 Lorente pierde a su esposa y una hija menor; ellas fueron enterradas en el convento de Ocopa.¹²

De la espada y de la sangre pasa a la lucha de la pluma. Funda y dirige la voz oficial de la revolución, *La voz del pueblo*, en cuyas páginas publica sus inspirados «Pensamientos sobre el Perú» (1855). Incursiona en los debates políticos, siempre razonando desde una perspectiva filosófica, histórica y etnográfica, redactando artículos, ya en defensa de la abolición del tributo del indígena y en contra de la opresión terrateniente; ya en pro de la inmediata emancipación de los esclavos; ya por la promulgación del sufragio masculino universal por la convención nacional; ya insistiendo en la prohibición absoluta de la pena de muerte. Para Lorente y Gálvez y sus correligionarios liberales (entre ellos se destacan Santiago Távara y Juan Espinosa), todas estas causas eran «cuentas pendientes» de la revolución republicana de la independencia. La revolución liberal de 1854 no haría otra cosa que hacer cumplir la promesa democrática de la vida independiente, pero lo haría de una forma más sólida y sistemática.

De esta manera, Lorente comienza a vivir su liberalismo revolucionario como proyecto nacional y estatal. Gracias a los ingresos fiscales provenientes del guano, el régimen de Castilla —Elías (Ministro de Hacienda) y Pedro Saavedra (Ministro de Educación)— se interesa en patrocinar el quehacer histórico y la enseñanza pública, siempre buscando erigir una imagen progresista y próspera de la nación. Castilla decreta la creación del Archivo Nacional; luego Saavedra comisiona a Lorente para preparar la publicación de las *Memorias de los virreyes*;¹³ se redacta la *Revista de Lima* con fondos ministeriales y en sus páginas aparecen ensayos y reseñas históricas; se reestructura la enseñanza pública diseñando nuevos textos para las escuelas y los colegios del Perú. Lorente jugará un papel decisivo en todo este proceso como Inspector de la Instrucción Pública y sobre todo como autor de numerosos textos oficiales para los colegios, publicados entre 1854 y 1876, entre ellos los «cursos» o «compen-

¹² Lorente contrajo matrimonio en 1845 con la señora Rosa Benel y tuvieron cinco hijos (RUBIO FATACCIOLI 1990: 69 y 79).

¹³ Ver *El Comercio* 7 y 12 de agosto de 1867.

dios» de Filosofía, Geografía Histórica, Literatura, Estilo, Higiene, Religión o Catecismo, Economía, Historia Universal e Historia Peruana.¹⁴

La legación diplomática de Pedro Gálvez a Centroamérica y Europa entre 1856-64 presenta una magnífica oportunidad para que Lorente (nombrado secretario de la legación) profundice sus estudios históricos en archivos y bibliotecas, sobre todo en París y Madrid, cuyo resultado será la primera *Historia general del Perú* editada después de la Independencia. Al reinstalarse en Lima a mediados de los años 60, Lorente asume un perfil de intelectual público, siendo secretario de la Sociedad de los Amigos de los Indios fundada en 1867 por Juan Bustamante. En esta condición redacta artículos sobre derecho indígena. Entre ellos una *Memoria* en que Lorente defiende y lamenta el martirio de Bustamante en la sangrienta insurrección de Huancané. En 1868 es elegido Decano de Letras de la Universidad de San Marcos. En 1870 viaja de nuevo a Europa a pedido de la administración de Balta a fin de estudiar los nuevos métodos pedagógicos en Inglaterra, Francia, Italia y España. Al volver en 1872 es reelegido Decano de Letras y así sucesivamente hasta su muerte en 1884. Su sucesor en el decanato sanmarquino, Carlos Lisson, reconoció la gestión fundacional de Lorente:

El pasado de la Facultad de Letras, en el año transcurrido y todos los anteriores, desde su fundación, está concretado en un solo nombre: Lorente. Todo es obra suya; plan de estudios, establecimientos de cátedras, textos escolares, métodos, disciplina, todo, repito, es obra suya, en todo está su mano. (LISSON 1887: 446-447)¹⁵

Durante su decanato sanmarquino Lorente establece el estudio liberal de las humanidades en el Perú; funda la enseñanza universitaria de la historia y crea la cátedra de «Historia de la civilización peruana», inspiración pedagógica del texto fundamental que nos ocupa. Según la leyenda, dicha cátedra «atrajo tantos oyentes que el mismo Presidente de la República don Manuel Pardo fue uno de ellos» (RUBIO FATACCIOLI 1990: 76). Así, el «maestro de escuela» llega a enseñar al «Oyente mayor» ya no de la monarquía imperial, sino de la República del Perú, cumpliendo de esta manera con la revolución republicana de la historia. Pero la historia de Lorente también llega al pueblo, estudiantil y letrado. Como Vocal del Consejo Superior, Lorente inspira el nuevo Reglamento de Instrucción Pública de 1876. En el mismo año publica su *Historia del Perú, compendiada para el uso de los colegios y de las personas ilustradas del Perú* (incluida en la presente edición), calificada por Raúl Porras Barrenechea como «uno

¹⁴ Una bibliografía bastante completa de Lorente se encuentra en RUBIO FATACCIOLI 1990: 249-251.

¹⁵ Citado también en RUBIO FATACCIOLI 1990: 142.

de los mejores manuales de historia integral peruana escritos hasta hoy [...] documentado en los hechos y a la vez con una visión general filosófica que los aclara y coordina» (PORRAS 1963: 489); publica además un compendio completo de la Historia Universal en seis pequeños tomos, dedicado a los colegios. Viene la guerra. Lorente sobrevive heroicamente la ocupación chilena, siendo arrestado por orden del general Lynch, según dicen, mientras dictaba clases en el convento de San Pablo (San Marcos fue tomado como cuartel), y por colaborar moral y materialmente con la causa nacional. Muere en Lima a causa de un infarto cardíaco el 28 de noviembre de 1884, mereciendo un profuso homenaje por parte de sus colegas universitarios dos días después (RUBIO FATACCIOLI 1990: 64).

En temas de historia Lorente superó largamente a sus eruditos condiscípulos limeños. En realidad, casi todos ellos merecerían los títulos de bibliófilos, biógrafos, analistas o ensayistas, más que el de historiadores. Manuel Mendiburu compiló un amplio y erudito «diccionario» llamado «histórico-biográfico» que a juicio de todos tiene un valor incalculable como obra de referencia sobre los hechos y tiempos de héroes y aristócratas; pero Mendiburu no escribió historia en el sentido contemporáneo de la palabra.¹⁶ Mariano Felipe Paz Soldán ha sido aplaudido por los historiadores profesionales del siglo xx por el hecho de haber introducido en el Perú el uso sistemático de la nota a pie de página, por haber fundado la primera revista de historia, *La revista peruana* (en cuyo número inaugural aparecieron los primeros capítulos de la *Historia de la civilización peruana*) como también por dedicar su amplia erudición a las fugaces fuentes de la temprana historia republicana. Sin embargo, tampoco escribió historia en el sentido moderno. Según su propia confesión, su obra más importante pero aún incompleta, *Historia del Perú independiente* (1868) no es más que un «anal o crónica» de lo que supuestamente sucedió.¹⁷ Ni siquiera Peralta la hubiera reconocido como historia. Lorente no escribió ni diccionarios ni anales; su obra mereció y merece el nombre de Historia en la edad contemporánea.

Lorente produjo una amena e inteligente *Historia general del Perú*¹⁸ (seis tomos publicados a partir de 1860, comenzando por su *Historia*

¹⁶ Riva-Agüero caracterizó, y no sin razón, la obra de Mendiburu y de Paz en estos términos: «falta de criterio filosófico y de visión sintética, estilo incoloro y pesado, total ausencia de animación y gracia por el relato» (RIVA-AGÜERO 1910: 331).

¹⁷ Paz Soldán fue inhibido además por su concepto de Historia, que le exigía una separación entre narración y filosofía, sacrificando el estilo en el altar de los documentos (ver PAZ SOLDÁN 1868: I-V).

¹⁸ Se vendía bajo este título en la Librería Universal de Gil. La *Historia general del Perú* incluía (1) *Historia antigua del Perú*, (2) *Historia de la conquista del Perú por los españoles* (3) *Historia del Perú bajo la dinastía austriaca, 1542-1598*, (4) *Historia del Perú bajo la dinastía austriaca, 1598-1700*, (5) *Historia del Perú bajo los Borbones, 1700-1821*, (6) *Historia del Perú desde la proclamación de la independencia, primer*

antigua del Perú); como ya hemos mencionado, esta historia es compendiada en una edición barata y «portátil» para los colegios y para el pueblo letrado. La historia de Lorente trama el trayecto total de la larga «historia peruana» de «la civilización», desde la «época primitiva» hasta la «edad contemporánea». *Historia del Perú compendiada* y su *Compendio de Historia Universal* circulaban por todo el país, convirtiéndole en efecto en el historiador acaso más leído de su época. Además, su influencia sobrevivirá en los textos de su discípulo y sucesor sanmarquino Carlos Wiesse (profesor eje de la generación de Riva-Agüero y también de Porras y Basadre), cuyo curso universitario de *Historia crítica del Perú* fue a su vez ampliamente difundido y oficialmente aprobado como el texto preferido de la enseñanza pública en el Perú hasta más allá de la década de 1930.¹⁹

Sin embargo, lo importante de la obra de Lorente no está en la mera productividad y difusión. Lorente es para la historia peruana lo que San Martín y Bolívar para la política peruana. Fue el primero y más consecuente en gestionar una historia total del Perú que no fuera «dinástica» sino, más bien, de la «evolución» de la «civilización» de un pueblo y que se llamara «peruana». Al escribir una «historia filosófica y crítica» de la «civilización peruana» que «contemplaba el desarrollo nacional» en su más sublime «armonía entre todos los elementos civilizadores», desde lo más primitivo hasta lo más contemporáneo, Lorente trazó las líneas fundamentales del discurso histórico peruano. A la manera de Michelet, Lorente estableció para el Perú «la concepción de la historia de un pueblo como un todo unitario que se va desarrollando desde un momento original hacia un destino, y que se manifiesta en la identidad armónica del alma nacional» (QUIJADA 1996: 246-247). Inicia el discurso histórico genealógico integral y total del Perú, hoy en día identificado con Jorge Basadre, como la continuidad dinámica de un gran «espíritu nacional» con «destino histórico».

período, 1821-1828. Se contemplaba un séptimo tomo que abarcaba la República a partir de 1828, pero no salió a luz. Lorente llegó a publicar algunos apuntes sobre la Confederación de Santa Cruz; además su *Compendio de Historia contemporánea* como su *Historia del Perú compendiada* presentan una visión esquemática de la historia republicana hasta los años 1870.

¹⁹ Los dos textos más importantes de Carlos WIESSE, *Las civilizaciones primitivas del Perú* y *Apuntes de historia crítica del Perú* tienen mucho en común con los textos de su maestro Sebastián Lorente. La diferencia más notable es el uso, por parte de Wiesse, de la nueva literatura etnológica y positivista alemana y francesa de fines del siglo XIX y principios del XX. Hay algunas notas sobre el papel de Wiesse en la historiografía del Perú en PEASE 1993 en su capítulo sobre historiografía. Sobre la aprobación oficial de los textos de Wiesse en los años 1930, ver RIVA-AGÜERO 1935.

II. La Filosofía de la Historia de Lorente

Entre otras cosas Lorente fue filósofo y también historiador —una combinación aún bastante respetada en la Europa de su época. Siguiendo el diseño de su *Compendio* o *Curso de Filosofía*, revisaremos los principios psicológicos, lógicos, morales y metafísicos de su pensamiento en lo referente a su concepto y método de la Historia. En su *Compendio de Filosofía* se observan argumentos que luego serán expresados en su producción historiográfica. Los especialistas en el tema notarán varias influencias, entre ellas la amplia corriente historicista que fundara el gran filósofo de la historia antigua, el napolitano Giovanni Battista Vico (1668-1744), contemporáneo de Peralta Barnuevo y, como él, también sujeto del imperio español; en otros puntos se aprecian ideas baconianas, cartesianas, kantianas, y leibnizianas, entre otras. Hay una clara tendencia antipositivista y un florido lenguaje herderiano.

El objeto de la meditación filosófica es el «espíritu» o «alma» del mundo. La filosofía en general se puede definir como «la ciencia del espíritu» o «del espíritu humano», aunque «no abraza todos los desenvolvimientos espirituales» (sólo Dios los abraza a todos). Lorente escribe:

Sócrates quiso combatir a los sofistas, y humanizar una filosofía que se perdía en la materia y en el caos [...] Descartes se puso al frente de una cruzada filosófica contra el escolasticismo que había dicho a la razón «de aquí no pasarás», tomó por divisa el famoso YO PIENSO. En los últimos tiempos Kant se ha encerrado en el pensamiento de sí mismo para sobreponerse a una época sensualista, y hoy nadie duda que deben partir de los fenómenos del alma cuantos se propongan dar bases sólidas a las doctrinas sociales y elevarse hasta Dios. (LORENTE 1853a: 10-11)

Se halla la filosofía «a la cabeza de las demás ciencias» sobre todo las que «se ocupan del mundo moral como la Historia, la Política, la Jurisprudencia, la Economía». El «método» de la moderna filosofía es «empírico-racional» porque sin las «observaciones» y «experiencias» se convertiría en «interesantes ficciones» que «nos alejarían de la humanidad y de la Naturaleza, robándonos además un tiempo precioso que reclaman la ciencia y la virtud». Sin embargo, quedarse en lo empírico o en la mera descripción de los hechos es cometer un grave error. Por el contrario, si «no quisiéramos salir de los hechos, nos perderíamos en su incesante variedad, en su indefinida multitud y en su aparente incoherencia» dando por resultado «una estadística sutil, cansada, que sería imposible comprender, una letra muerta de donde nada podríamos sacar en claro» (LORENTE 1853a: 5-6).

Principios psicológicos: La ciencia del alma

La psicología es el punto de partida de la filosofía porque se trata del pensamiento en sí. «La palabra *psicología* viene de dos voces griegas. *Psiquis*, que significa alma, y *logos* tratado; así en su sentido literal quiere decir *Tratado o ciencia del alma*». Lorente define la psicología como «la ciencia de las facultades del alma, o más brevemente, la ciencia del pensamiento, pero añadiendo las palabras de Descartes “por la palabra pensar entiendo todo aquello que se hace en nosotros de tal suerte que lo percibimos inmediatamente por nosotros mismos”; así es que el pensamiento no significa tan solo entender, querer, imaginar, sino también sentir» (LORENTE 1853a: 9-10). De esta manera el «pensamiento» del hombre es la sensibilidad múltiple de su alma hacia el hombre, la Naturaleza y Dios.

Aunque el lenguaje «no es absolutamente indispensable para pensar, no hay duda de que auxilia maravillosamente al pensamiento». La búsqueda del origen del lenguaje «nos llevaría hasta la cuna del linaje humano y la perfección primitiva de las lenguas y su procedencia de un tronco que estuvo en el Asia» pero su último origen es «divino». La escritura «amplía» y eterniza la palabra. La escritura «es la palabra misma triunfando del espacio y del tiempo»:

Con la escritura no hay distancias. Un hombre retirado en un ángulo del mundo concibe una idea, y hace un signo en una hoja deleznable; el hombre muere desconocido; el viento esparce sus cenizas antes que se haya descubierto su ignorada tumba. Y sin embargo la idea vuela por toda la redondez del globo, y se conserva intacta al través de la corriente de los siglos, entre las revoluciones de los imperios, entre las catástrofes en que se hunden los palacios de los monarcas [...] y el pensamiento del mortal desconocido se conserva aun [...] su espíritu domina la tierra [...] la oírás la humanidad en los siglos futuros. (LORENTE 1853a: 118-121)

El alma del hombre es un buen objeto de contemplación y se manifiesta a través de las edades de la Historia de la civilización escrita. De esta manera «el alma» del hombre se «auxilia» en la palabra y se eterniza en la escritura, convirtiéndose en Historia misma:

Contemplad al hombre al través de las edades y de las fases de la civilización, y decidnos si en la ignorancia del niño y del salvaje, entre los errores de las generaciones adultas y de los pueblos bárbaros, y en medio de la vacilante vejez de las naciones extraviadas por el refinamiento social, hallais inteligencias harto robustas para que en todos casos lleven con seguridad el género humano al perfeccionamiento de sí mismo. (LORENTE 1853a: 18)

Principios lógicos de la Historia

En su *Compendio de Filosofía para los colegios de América: Lógica* (1860b) Lorente precisa los principios que dejan ver la presencia de la lógica en la historia. Una «idea clara es aquella que nos presenta un objeto de modo que se puede distinguir de cualquier otro, v. g. la idea del sol en un día sin nubes». Asimismo, «la claridad en el lenguaje supone la claridad en las ideas: una cosa que no se concibe distintamente, solo podrá espresarse de una manera confusa; cuando sea comprendida bien, abundarán los medios de espresion; así, los que dicen: “yo entiendo bien esta materia, pero no sé explicarme”; ni saben lo que dicen, ni entienden lo que creen entender». Las ideas en sí no son ni falsas ni verdaderas, solamente claras u oscuras. Es decir, «como toda idea procede de un juicio y conduce a otros, puede llamarse verdadera a la que envuelve juicios verdaderos y falsa a la que envuelve juicios falsos; así las ideas tienen la verdad y la falsedad no por sí mismas, sino por los juicios que las acompañan». Sólo Dios tiene una idea completa de las cosas del mundo natural:

Idea completa es aquella que nada nos deja por conocer, la incompleta deja algo que desear. Todas las ideas de Dios son completas; pero las nuestras son necesariamente incompletas cuando se refieren a objetos reales; porque hallándose en el universo encadenados todos los seres, para comprender un grano de arena será preciso conocer al creador y la creación entera; tan solo podemos aspirar a tener ideas completas de aquellos seres ideales que siendo obra de nuestro entendimiento no encierran sino las propiedades que hemos querido unir. (LORENTE 1860b: 17-18)

El hombre sólo llegara a entender plenamente sus propias creaciones humanas; los fenómenos naturales son obra de Dios y, por lo tanto, el hombre como ser encadenado nunca llegará a tener «idea completa» de ellos. La Historia Natural que Lorente también profesaba (al llegar al Perú ocupó la cátedra que luego pasara a Antonio Raimondi) se pudo distinguir de la Historia de las civilizaciones porque esta última era entendible como una serie de creaciones ideales del hombre dentro de un plan o gran «cadena» providencial.

El signo es «cualquier objeto exterior que nos recuerda la idea de otro; así los latidos del corazón que nos recuerdan la vida, y las insignias que nos hacen pensar en los grados militares, se cuentan entre los signos. Estos escitan siempre dos ideas: la de sí mismo y la del objeto significado». Pero lo importante para su visión de la historia es el presupuesto de que la idea del objeto significado «no puede ser una idea nueva sino que forzosamente ha de ser un recuerdo, porque mal podrá entender

el signo quien desconoce de todo punto la cosa significada» (LORENTE 1860b: 29).

La segunda parte del curso de *Lógica* de Lorente se trata de la «Lógica sintética». Aquí el maestro discursa sobre el arte cotidiano del estudio erudito. Resulta que este arte está a alcance de todos:

La condición más vital del estudio (hágase sobre las cosas o sobre los libros) es la meditación. Reflexionando detenidamente acerca de lo que hemos observado o leído, es como hacemos fructificar nuestro trabajo [...] La meditación no exige reglas especiales. El que conociendo las leyes de la Lógica, y familiarizado con las obras profundas se ha hecho un hábito de meditar, para hacerlo con fruto no necesita sino evitar las distracciones exteriores o sobreponerse a ellas; calmar su imaginación o sus pasiones y dejar que la inteligencia replegada sobre un asunto lo recorra libremente en todas direcciones: ya se fija imperturbable largas horas en una idea como el que ha encontrado un tesoro inapreciable del que no quiere perder la más pequeña parte [...] y súbitamente dirá como Arquímedes: «Ya la encontré, ya la encontré». (Lorente 1860b: 224-225)

Aunque, como hemos visto, la claridad en el lenguaje presupone la claridad de las ideas, y que a ésta se llega a través de la meditación, es un hecho didáctico que se la realiza en la práctica sólo a través del ejercicio de la escritura. Para comprender cabalmente es indispensable escribir claramente. No basta con vocear las ideas eruditas; hay que escribirlas en una narrativa limpia. La producción escrita es vital.

Resulta que «si la Lógica es la ciencia de la verdad, es evidente que no tiene una importancia limitada sino que, como decía Cicerón, se derrama y difunde por todas las partes de la sabiduría» incluyendo, por supuesto, la Historia. Asimismo, la lógica triunfará en todos los quehaceres del mundo porque su fuerza es ilimitada:

Sea cualquiera la facultad a que nos dediquemos, cualquiera la profesión que ejerzamos, en las grandes discusiones sobre los intereses de la humanidad o en los negocios de un día, nos proponemos siempre descubrir lo que hay, siempre aspiramos a conocer la verdad; mas como ésta no puede ser alcanzada sino obedeciendo a las leyes de la inteligencia que la Lógica nos revela, claro es que nos puede prestar grandes servicios en todos los ramos del saber humano; el entendimiento abandonado a sí mismo, aunque esté dotado de un vigor divino, no puede seguir una senda segura ni marchar con paso firme; sino que deslumbrado por las luces de la falsa sabiduría, detenido por la oscuridad de las cosas o empujado por su propia precipitación, camina en desorden y sin igual-

dad: aquí se estravía, ahí cae, ya se detiene, ya da saltos irregulares, y tanteando siempre, yendo sin orden ni seguridad compra cada acierto con mil errores; mas la Lógica viene en su auxilio, si asegura su marcha con reglas exactas e infalibles, puede avanzarse con paso firme hacia la verdad, descubrirla, mostrarla a los que la ignoran y defenderla contra sus enemigos; tendrá en ella la gimnástica más poderosa y la medicina más vivificadora; vigorizando para conocer y a cubierto de las enfermedades mentales, dominará la opinión que no es reina del mundo sino para rendir homenaje a la verdad, destruirá los falsos razonamientos sobre [los] que reposan los grandes crímenes y grandes sufrimientos del género humano, y obteniendo esplendidos triunfos por la fuerza sola de la razón asegurará el bienestar y los progresos de nuestra especie. (LORENTE 1860b: 4-5)

Sucede lo mismo con la Historia. Si una política humana, o una civilización, no es verdadera, si no es lógica, forzosamente desaparecerá de la faz del mundo. El «testimonio de todos los siglos» lo confirma:

Nada hay duradero sobre la tierra si no es lógico; todos los falsos artificios de una política pérfida, todas las exageraciones de la pasión, todas las violencias de la fuerza ciega no pueden impedir la caída de un poder, ni prolongar una situación contraria a la ciencia de la verdad; mas lo que es lógico, lo que está basado sobre las leyes del conocimiento, si aún no ha sucedido, sucederá y obtendrá un triunfo estable contra todas las decepciones y contra todos los esfuerzos brutales. La excelencia de la Lógica se halla confirmada por el testimonio de todos los siglos: el Indostán, cuna de las luces, vislumbró sus leyes; la Grecia, madre de la verdadera filosofía, la cultivó con esmero y ¡cosa admirable! desde Aristóteles la presentó con formas rigurosamente científicas. (LORENTE 1860b: 4-5)

Principios morales: La ciencia de la vida

En *Compendio de Filosofía para los colegios de América: Filosofía moral* (1860c) Lorente acentúa la utilidad y universalidad de una «ciencia de la vida» o de «las costumbres» del hombre:

Si atendemos al objeto de la Filosofía moral, podemos definirla como «aquella parte de la filosofía que dirige la voluntad al bien, la filosofía de la virtud, la ciencia que señala las leyes de las acciones humanas, el código racional de la humanidad, etc.» porque así como la Lógica observando la marcha del entendimiento nos descubre los medios de llegar a la verdad, así la Filosofía moral estudia nuestra voluntad para encaminarnos por la senda que conduce a la virtud y a la felicidad. (LORENTE 1860c: 1-2)

La filosofía moral esta en todas partes. «Todas las ciencias especulativas se tocan con la filosofía moral, porque todas contribuyen a hacernos conocer al hombre o sus relaciones con la naturaleza y con Dios, conocimiento que es indispensable para encaminarnos al bien» (LORENTE 1860c: 8). Además, la ciencia de la moral es universal entre los hombres, aun entre los que la niegan. «El sabio, el ignorante, el escritor frívolo como el más grave de los historiadores, aunque no nombren la Filosofía moral, invocan sin cesar los principios morales, y en su lenguaje muestran claramente la fe que tienen en la ciencia de las costumbres» (LORENTE 1860c: 3). A pesar de «nuestras determinaciones variables [...] poco importa que el viento sople de esta o la otra parte, suavemente o con violencia [...] pueden estudiarse sus resultados eternos» (LORENTE 1860c: 4). El estudio de tales «resultados eternos» es además de gran utilidad contemporánea:

Es pues indudable que a todos nos servirá su estudio, principalmente cuando el choque de los partidos que hace perder la fe en la virtud y pide sus inspiraciones a la pasión, el positivismo innoble de la sensualidad que nos amenaza con una nueva adoración al becerro de oro, el cinismo del arte y la propagación de doctrinas antisociales e impías que rehabilitan la carne para hacer la apología de los crímenes, vengan en los días borrascosos de nuestra juventud a hacernos olvidar las leyes eternas del mundo moral. (LORENTE 1860c: 6-7)

Quizá lo más importante de la Filosofía moral, en cuanto a la escritura de la Historia se refiere, es el hecho de que dicha ciencia «sería vana si limitándose a enriquecer nuestro entendimiento con verdades especulativas dejase frío nuestro corazón». Por eso, en todos los tiempos se han procurado los filósofos moralistas «hermosear las ideas sagradas del bien, presentar la virtud como la obra maestra del genio, y cubrir la repugnante desnudez de los razonamientos abstractos con todas las producciones de las bellas artes» (LORENTE 1860c: 9-10).

Estos principios de la filosofía moral se extienden de mayor o menor grado a los libros de toda clase, desde la poesía hasta la novela y, hasta cierto punto, a la historia también:

Los libros abren una cátedra de moral en la que se presenta reunida la sabiduría de todos los países y de todos los siglos [...] su instrucción es para todos los hombres [...] Debemos contar entre los buenos libros cuantos ofrecen sistemas completos de moral [...] también deben tenerse por buenos libros los que nos dan a conocer las máximas de la sabiduría y las reglas de la virtud. Las máximas ofrecen al entendimiento las verdades morales con una claridad que arrastra, y hablan al corazón con

una elocuencia que subyuga; son de una fecundidad inmensa y de una autoridad universal; ellas dirigen al vulgo bajo la forma de refranes, ellas sirvieron de cimiento a la civilización, y en los pueblos más cultos, en las reuniones más heterogéneas basta que se presenten en toda su sencillez para ser saludadas como el estandarte del género humano [...] Mientras la historia se limite a trazar cuadros de la marcha de las naciones, la lectura de los hechos [...] no es enteramente perdida para nuestra dirección moral. (LORENTE 1860c: 205-206)

Principios metafísicos: El lenguaje de Dios

Como sugiere su nombre, la metafísica trata de lo que está «más allá de la naturaleza» y se puede definir como «la ciencia general» o «filosofía primera». Su objeto de estudio es múltiple: desde «el ser», sus «propiedades» y «relaciones» con «el mundo material» hasta «el lenguaje de Dios» en que encuentra su luz definitiva y el límite del saber humano:

Leibniz ha dicho: «los hechos son el lenguaje de Dios y las opiniones el lenguaje de los hombres»; nosotros pudiéramos añadir, la Metafísica es la ciencia divina, faltando la cual jamás oímos el lenguaje de Dios y nos aturde sin cesar el lenguaje de los hombres; sus principios son inmutables como el Eterno, y aunque el universo obedeciese a otras leyes, aunque desapareciesen todas las criaturas, ellos subsistirían para sobreponerse a todo orden posible y dominar todas las creaciones [...] Tocamos los límites del saber, y si queremos pasar más allá nos abismamos en un océano de dudas y sombras; pero no somos menos grandes al descubrir los últimos confines de la inteligencia [...] el metafísico al acercarse a los límites de la ciencia puede decir, mi entendimiento no pasa más allá, porque no hay más que saber [...] En la contemplación de esos misterios se han saboreado en todas épocas los hombres más grandes: el genio que agitara sus alas sobre el Oriente, sobre la Grecia, sobre Roma, sobre las escuelas de los siglos medios, es el mismo que se cierne sobre la Europa moderna. (LORENTE 1853b: 1-5)

La Historia Universal como Filosofía

Lorente se distingue entre los «historiadores» peruanos de su época por su dominio explícito del discurso filosófico de la «Historia Universal». Redacta un juego completo de compendios de la Historia Universal (seis tomos) en los que trata de «la relación fiel de los hechos memorables del género humano, ordenados por pueblos, tiempos y lugares» y siempre guiado por el «espíritu filosófico» y el «método crítico» (LORENTE 1876b: 4). Este método, también llamado «crítica histórica» o

«historia crítica», funciona al igual que el juicio verdadero sobre la idea clara (elaborada en Lógica), es decir, la «crítica histórica determina el valor de los diferentes datos» y suprime todos los detalles que ofuscan o que no contribuyen a la valoración y comprensión verdaderas de la Historia (LORENTE 1876b: 5).

«La crítica —explica Lorente— ha renovado en nuestro siglo la historia del mundo antiguo» (LORENTE 1860a: 21). Esta nueva «crítica histórica» emplea las distintas y nuevas disciplinas. Así, «la arqueología estudia las antigüedades; la heráldica los blasones; la genealogía los linajes; la etnografía las razas; la filología las lenguas; la numismática las monedas y medallas; la diplomacia los documentos» (LORENTE 1876b: 6). Pero —citando a Vico— «los verdaderos ojos de la historia son la geografía y la cronología, dejando ver los hechos en su lugar y en su tiempo». A través de «la geografía histórica debe estudiarse el país» porque ella «influye mucho en el destino de los pueblos»; además, el conocimiento de «los lugares históricos» puede «aclarar los sucesos» (LORENTE 1876b: 6).

Para Lorente la Historia Universal no es una enciclopedia erudita de personajes y acontecimientos curiosos; tampoco requiere de una teoría «abstracta» de la humanidad como quisiesen los ilustrados franceses (desde Descartes hasta Voltaire) de los siglos XVII y XVIII (LORENTE 1876b: 20-21). Al igual que sus contemporáneos Michelet y Ranke, y como ellos inspirado en la filosofía y lenguaje de Herder, a Lorente le repugna el «espíritu sistemático» de la Ilustración francesa, con su escepticismo destructor y su alienante ironía, pero está dispuesto a utilizar algunos de sus probados instrumentos metodológicos.²⁰ La historia de las civilizaciones debía estar basada en sólidas evidencias, pero debía también ser amena, concisa y brillante como la carrera de la humanidad misma y puesta a su servicio. «Bástale para sus altos fines, que los hechos estén perfectamente determinados y atribuidos a sus verdaderas causas».

Lorente creyó profundamente en el poder luminoso de la narración limpia de los hechos. La narración histórica debe desembarazarse

[...] de cuanto entorpecería su marcha o la haría menos sencilla y metódica, evita[ndo] las digresiones que tocan en la anécdota, todo adorno postizo y sobre todo las largas reflexiones. Yo creo que debo sugerirlas al lector, no trasmitírselas; que los hechos hablen por sí mismos y la historia suministre sus elocuentes enseñanzas con solo el auxilio del sentido común, sin pedir las prestadas a la filosofía, que puesta en lugar de la narración la hace siempre sospechosa, de un sentido parcial y de aplicaciones más limitadas. (LORENTE 1860a: 20)

²⁰ Sobre Michelet y Ranke, ver WHITE 1973.

Así, Lorente se vale de la estrategia narrativa que Hayden White ha identificado como «explicación por la trama» (*explication by emplotment*).²¹ Bajo este régimen literario de la verdad, el historiador hace que «los hechos hablen por sí mismos», buscando refugiarse siempre en la lectura o «recepción» desde «el sentido común». Asimismo, en toda su obra Lorente siempre evita

[...] el vicio pomposo de las citas de que algunos historiadores recargan sus páginas. Esta intempestiva erudición que jamás usaron los de primer orden, hace perder de vista el espectáculo de lo que fue por escuchar lo que otros dijeron, quita al pensamiento propio la unidad de concepción, a la narración el colorido y al estilo su libre movimiento; y presenta así la realidad que pretendía reproducir más fielmente, sin verdad, sin luz y sin vida. Si se pretende con este sistema fatigoso de citas continuas autorizar el propio testimonio con el de otros historiadores, se olvida sin duda que semejante pretensión conduciría de ordinario a discusiones interminables, y que en la mayoría de los casos el trabajo de las citas no quedaría compensado con el crédito que el historiador puede buscar por lo común con medios más naturales y de éxito más seguro. (LORENTE 1860a: 20-21)

Las técnicas narrativas de la representación realista, en Lorente, emanan de su filosofía de la historia. No indican falta de erudición o carencia de datos como lo han querido insinuar sus críticos. La narración histórica no es un simple espejo de todos los hechos sino una «pintura fiel y viva de la realidad» misma, y por lo tanto legible desde el «sentido común», porque emana de la lógica real de los hechos cotidianos de los hombres. Para Lorente, los hechos históricos nunca son «caprichos del acaso» porque

[...] estando sujetas a las leyes físicas y morales las evoluciones de la humanidad por la doble acción de la Providencia y de la libertad humana, toda esposición desordenada, en que aparezcan los sucesos sin relaciones con el tiempo, con los lugares, con las personas y con las demás influencias, no será la pintura fiel y viva de la realidad, será la imagen del caos, el tenebroso reflejo de siglos vacíos o turbulentos, apariencias fugitivas sin significación para el progreso, las que a lo más podrán alimentar la vana curiosidad, ya que no extravíen el pensamiento. (LORENTE 1860a: 21)

La historia escrita no debe ser nunca una «imagen del caos»; siempre debe buscar la «verdadera armonía» entre el texto que elabora y la esencia de la realidad retratada. Y como la moderna «historia de la civilización» es la única que contempla la «armonía entre todos los elemen-

²¹ Sobre «*explication by emplotment*» en la historiografía europea del siglo XIX, ver WHITE 1973: 7-11.

tos civilizadores» de la humanidad es ella la más alta y «verdadera historia». Así es que la «la historia metódica de la civilización, la verdadera historia presentando los hechos en su unidad viviente y luminosa, merecerá llamarse según el lenguaje de Cicerón, luz de la verdad y maestra de la vida» (LORENTE 1860a: 21).

III. De la Historia Universal a la Historia Peruana

Lorente busca renovar la historia antigua del Perú aplicando los nuevos métodos «críticos» y narrativos de la filosofía de la historia y de la nueva historia universal de las civilizaciones. La propuesta «crítica» de Lorente de escribir la historia de la civilización antigua del Perú implicaba así una renovación metodológica y narrativa que, a diferencia de las devastadoras críticas de Buckle, Robertson, Pauw, Raynal, Buffon, y hasta cierto punto Prescott, siempre mantuvo un respeto medido para la tradición historiográfica española y peruana de la época colonial. Aplicada al Perú antiguo, la nueva crítica histórica

[...] puede desvanecer las ficciones novelescas, que, acogidas por los poco severos historiadores del siglo xvi, han llegado hasta nosotros como verdades pasadas por la tela del buen juicio; al mismo tiempo afirmará la creencia en los progresos realizados antes o después de la conquista, que son rotundamente negados o puestos en duda por la superficialidad o por el espíritu sistemático, y sacará luces inesperadas de copiosos manantiales, todavía no bien utilizados para ilustrar la historia de la civilización peruana. (LORENTE 1860a: 21)

Para «ilustrar» la muy antigua historia de la civilización peruana se requería de un «espíritu filosófico». Sólo un espíritu filosófico podría defender la venerable tradición histórica y civilizadora del Perú frente a las devastadoras críticas de los escépticos «sistematizadores» europeos que buscaban traer todo abajo. Así,

Solo un espíritu filosófico en posesión de amplios y bien meditados datos podrá emprender con facilidad la exposición ordenada de la civilización peruana; para presentarla en orden luminoso es necesario poder reunir en una vasta síntesis los conocimientos suministrados por el análisis, y esa aptitud solo puede darle la filosofía aplicada a la historia [...] Con la aplicación de la filosofía a la crítica histórica dejará la narración de ser una mezcla incoherente de fábulas y de sucesos reales, una transmisión de errores acreditados por historiadores apasionados o crédulos y un edificio ruinoso incapaz de resistir a la acción del escepticismo, que hoy pretende echar por tierra los hechos más incontestables y grandiosos. (LORENTE 1860a: 21)

Sin embargo, escribir la historia de la «civilización nacional» en la edad de las revoluciones implicaba algo más que el mero seguimiento de la senda lógica y luminosa de Cicerón hacia la «verdadera historia». Se trataba pues no sólo de una búsqueda personal para «descifrar el enigma» del país que había adoptado como suyo, sino de un proyecto político que, al «abrazar la vida del Perú en su evolución progresiva» buscaba impartir al pueblo «una enseñanza práctica»:

Decidido yo a escribir la historia del Perú que ha llegado a ser mi estudio constante por muchos años, no he podido desconocer el interés de tan importante período; olvidado el cual la civilización nacional habría sido para mí un enigma indescifrable, por no haberla tomado desde sus primeros orígenes. Deseando abrazar la vida del Perú en su evolución progresiva; darme razón de los hechos, ligándolos a sus causas y a sus consecuencias, y presentar a los demás una idea clara del conjunto, una imagen viva de los grandes sucesos, y una enseñanza práctica; claro es que no podía comprender la situación de la república sin haber estudiado la época colonial, el coloniaje sin el estudio de la conquista, la conquista echando en olvido el imperio de los Incas, y el imperio, si desconocía la cultura primitiva. (LORENTE 1860a: 9-10)

Su búsqueda filosófica a través de las edades de la historia lo llevó a «remontar y descender la corriente de los siglos para contemplar el desarrollo nacional en sus más remotos orígenes siguiéndolo sin saltos en las diversas épocas» haciendo ver «los elementos armoniosos y permanentes» de su civilización (LORENTE 1860a: 21).

Las épocas de la Historia

Las divisiones principales de la Historia Universal en tiempos de Lorente correspondían a las cuatro «fases de la civilización» en el Viejo Mundo, desarrolladas por los filósofos historicistas alemanes (de Leibniz a Hegel), a saber: antigua, media, moderna y contemporánea. Según este esquema clasificatorio del tiempo histórico, la historia antigua se extendía «desde el origen de los pueblos hasta la disolución de la sociedad romana» y se dividía «en historia de Oriente, de Grecia y de Roma». La edad media se estrechaba en el tiempo «desde el fin de la historia antigua hasta el descubrimiento de América»; y la moderna «desde este trascendental descubrimiento hasta la revolución francesa», mientras que la época contemporánea corría «desde tan gran revolución hasta nuestros días» (LORENTE 1876b: 7). La relación fiel y verdadera de la carrera de la civilización universal, entonces, nació en Oriente y luego pasaba por Grecia, Roma, España (pues ella fue autora de aquel «descubrimiento trascendental» que iniciaba la edad moderna del mundo) y Francia en ruta hacia un

destino «contemporáneo» universal, cuya flor brotaba en todas partes del mundo donde «la Providencia» y «la Libertad» ejercían sus efectos felices sobre la humanidad.

Lorente reconoció de inmediato que la historia peruana no encajaba bien con la arquitectura «universal» de la Historia:

Habiendo permanecido el Perú hasta los tiempos modernos aislado en su civilización y sus relaciones manifiestas con el mundo civilizado, no se presta su historia a la división común en antigua, media y moderna. Estos nombres no pueden aplicarse a sus períodos particulares, sin cambiar arbitrariamente el sentido usual y sin introducir una confusión en el lenguaje, tan perjudicial a la claridad de ideas, como sin interés práctico. (LORENTE, 1876c: 5)

Dada su filosofía o lógica sobre las ideas y sobre el lenguaje era impensable romper la cadena de la narrativa maestra de la Historia Universal, porque así introduciría «confusión» en el lenguaje, añadiendo un nuevo significado a un signo ya establecido en el discurso, cuyo resultado sería la «ofuscación» de la «idea clara» y práctica. Sin embargo, es notable que Lorente llegara a estructurar el esquema arquitectónico y filosófico de la narrativa de la historia peruana dividida también en cuatro épocas o fases.

En *Historia del Perú, compendiada para el uso de los colegios y de las personas ilustradas* Lorente reconoce «las seis épocas» de la historia del Perú, a saber: de los caciques; de los incas; de la conquista; del virreinato; de la emancipación, y de la república. Pero luego precisa que son sólo cuatro «épocas verdaderas» porque la conquista y la emancipación son más bien «epopeyas rápidas y momentáneas» que proponen las nuevas épocas. Las cuatro «fases de la evolución progresiva de la civilización peruana» son las primitiva, incaica, colonial y contemporánea (LORENTE 1876c: 5). Al igual que la historia antigua del Oriente, la del Perú exhibía dos grandes fases de desarrollo de su civilización antigua, la primitiva o patriarcal de las tribus (de los caciques) y la centralizada o estatal (incaica). Pero a diferencia de Europa, el Perú no transitó por una edad media o feudal. La civilización peruana pasó directamente de la «fase antigua» a la «fase colonial» bajo la influencia de la España moderna, por entonces «vanguardia de Europa» en la época gloriosa de Carlos v. Al finalizar dicha época por la acción heroica de la epopeya de la independencia, el Perú participa de la época «contemporánea» de las repúblicas y de la Libertad.

Hay, sin embargo, otra «epopeya rápida y momentánea» que marca la iniciación de una época en la historia de Lorente, aunque ésta no lleva nombre explícito, más allá del de su héroe cultural. Se trata del gesto

civilizador fundacional del misterioso iniciador de «la época de los Incas» Manco Capac. La interpretación lorentina sobre Manco Capac se deriva y también se diferencia de la versión dinástica renacentista del «sujeto escritor» Inca Garcilaso de la Vega, elaborada en la primera parte de sus *Comentarios reales de los incas* (1609).

La epopeya fundacional y la epistemología patriótica

El Inca Garcilaso había reconocido una edad primitiva e idolátrica bajo los curacas o señores étnicos, pero su historia dinástica imperial no pudo reconocer adelantos importantes de la civilización en aquella época predinástica. Las historias orales y de los quipus que fueron inscritas «coralmente» en el texto orquestal de Garcilaso parece ser que están basadas en la tradición dinástica que se construyó a partir del linaje real o «panaca», cuyo fundador sería «el mítico» Manco Capac.²² En los *Comentarios reales* como en muchas otras crónicas fundacionales de la época colonial temprana, Manco Capac aparece como primer rey o emperador «fingiendo ser hijo del Sol» pero sobre todo como gestor de la civilización, fundador de la vida urbana y de la agricultura sedentaria, sabio promulgador de leyes protectoras y «de la lengua general del Inga» (el quechua), y por ende unificador de las tribus bárbaras que en adelante formarán un orden social totalizador, sumamente benéfico y paternal. En cambio, para Lorente Manco Capac no era rey o inca, sino un «reformador de instituciones» ya establecidas. En otras palabras, Lorente plantea la existencia previa de la «civilización peruana» antes de la epopeya de Manco Capac.

Desde el siglo XVIII, los historiadores habían debatido el origen e «identidad» del fundador del imperio de los incas. Raynal sostenía la opinión, bastante común en su época, de que Manco Capac y Mama Ocllo eran «más blancos que los nativos del país» y que lo más probable es que fueron «descendants de quelques navigateurs d'Europe ou des Canaries, jettes para la tempete sus les cotes du Brasil» (RAYNAL 1783: 19-20). Humboldt especulaba que Manco Capac habría sido asiático, y posiblemente «un sacerdote budista» que impuso leyes de antiguo origen hindú. John Ranking presentó pruebas filológicas y arqueológicas en favor de la tesis de que Manco habría sido un hijo de Kublai Khan, que se extravió durante la epopeya de la conquista naval de Japón por los chinos en el siglo XII. Luego, escépticos como Prescott habían echado al suelo la existencia histórica de Manco Capac, calificándolo como mero «invento de la imaginación vanidosa» de los incas y de Garcilaso. Lorente resistió la tesis europea del origen foráneo de Manco y, por supuesto, no

²² Ver el trabajo de rescate de Catherine JULIAN 2002.

aceptó el machetazo de Prescott. Lorente insiste más bien en que Manco fue un «reformador de instituciones» imbuido del «espíritu nacional», a tal punto que habría afirmado «las bases indestructibles de la unidad nacional del Perú»:

El origen de Manco [Capac] no será dudoso para el que con ánimo imparcial interrogue la historia. El hombre que tan perfectamente conocía los lugares, y las personas, que tan penetrado estaba del espíritu nacional, y que con tal sabiduría amalgamó los elementos de la civilización anterior, nació sin duda en el Perú. Su obra lleva el sello de la raza nacional, y el del país; es la espresion de su época, tal como la podía comprender un hombre de genio. (Lorente 1860a: 130-133)

La posición genial de Lorente acerca de los orígenes de Manco Capac recoge la tradición de la «epistemología patriótica» de los historiadores criollos del siglo XVIII analizados por Jorge Canizares-Esguerra (2001). La citada epistemología patriótica se basaba en la convicción de que los críticos y viajeros europeos no conocían bien las realidades americanas, o porque no dominaban la lengua, o porque los nativos escondían la verdad ante sus ojos. En cambio, los sabios criollos sí tenían acceso privilegiado a las verdaderas fuentes de la verdad histórica, que eran los idiomas nativos, las costumbres vivas y otros artefactos y monumentos antiguos. Algunos juicios de Peralta Barnuevo participan de esta tradición. Otro ejemplo peruano de esta tradición de pensamiento crítico y patriótico sería el gran sabio y estadista peruano José Hipólito Unanue. Contemporáneo de Humboldt (se vieron en Lima en 1802), Unanue era gran admirador del naturalista alemán; sin embargo, no compartía sus especulaciones orientalistas acerca del origen de los incas. Unanue elaboró una teoría que podríamos llamar «nerviosa» y, por ende patriótica, de la imaginación del hombre peruano, razonando desde la ciencia de «las influencias del clima sobre los seres orgánicos». De acuerdo con las corrientes dominantes del pensamiento colonialista europeo del XVIII acerca de razas y climas, Unanue sostuvo que los hombres nacidos y crecidos bajo climas húmedos y cercanos al ecuador, como el de Lima, por lo general exhibían una «constitución débil». Sin embargo, precisamente por eso, y dando vuelta a la tortilla, la imaginación americana era «superior». La densidad de la imaginación americana se debía a los nervios hipersensibles ubicados en la superficie del ojo y de la piel que por ser «débiles» eran más «movibles» y que, por tanto, «exprimían» fuertes y repetidas imágenes de los objetos reales vistos o tocados, siendo ellas transmitidas como mensajes múltiples «al alma» del hombre (UNANUE 1815: 12-13). Asimismo:

Por este medio se iluminan nuestros pensamientos, las sensaciones se engrandecen, y se pintan con vigor los sentimientos. De aquí esta elocuencia asombrosa con que suelen explicarse los salvajes de América: las comparaciones naturales, pero fuertes de sus discursos, y la viveza en sus sentimientos. Después que hemos oído algunas de las arengas de los guerreros de Arauco, estamos persuadidos que Colocolo no fue menos digno del razonamiento de Ercilla, que Néstor del de Homero [...] De aquella misma preciosa fuente nace la destreza y pericia en la escultura y pintura, sin más enseñanza que su genio. En este modo de espresar nuestras imágenes e ideas, hay en México, Quito, y el Cuzco una multitud de artistas capaces de competir con los más provecos de Europa, y también de superarlos, si tuvieran la instrucción que estos reciben. Aquí en Lima, en el Colegio del Príncipe, suelen verse muchachos indios aprendiendo a leer, que con un lápiz copian las estampas de Klauver tan perfectamente, que es difícil descubrir un rasgo de diferencia. Me persuado que la imaginación, este precioso don de la naturaleza difundido en América, brilla en especial en los lugares circunvecinos al ecuador. Pocos legisladores ha habido dice un escritor que pudiesen como Manco-Capac percibir las inclinaciones de sus vasallos, compararlas con sus necesidades, y convertirlas en su propio provecho, por constituciones llenas de sagacidad y benevolencia. (UNANUE 1815: 13)

Lorente no compartió esta imaginativa teoría de la imaginación circunecuatorial, pero lo cierto es que se dejaba inspirar por un cierto «espíritu nacional» que podía unir en su densa imaginación a personajes-signos tan distantes en el tiempo y tan cercanos «en el espíritu» como Manco Capac y el mismo Unanue.

Al igual que sus precursores de la «epistemología patriótica» en el siglo XVIII, Lorente se valió críticamente de los testimonios orales de los nativos que fueron registrados en las crónicas coloniales. Así,

La nacionalidad de Manco, que se deduce de razones tan concluyentes, y que hasta cierto punto se revela en todas las tradiciones, se prueba también por testimonios directos. Los quipocamayos de Pacaritambo, donde principió según todas las apariencias la misión del primer Inca, le suponían engendrado allí por un rayo del sol. (LORENTE 1860a: 131)

El hecho de que Manco no haya sido un inca o rey y que tampoco haya sido el «creador» de la civilización peruana (porque que ya existía en su forma primitiva) no perjudicaba en nada «su merecido renombre»:

Nadie podrá disputarle la incomparable gloria de los grandes bienhechores de la humanidad, y la de los grandes legisladores, la gloria de haber hecho gozar a pueblos antes enemigos, turbulentos o atrasados

los beneficios de la unión, del orden y de la cultura, la gloria sobre todo de haber asegurado para siempre la unidad del Perú, base de su futura grandeza. (LORENTE 1860a: 130-133)

Lorente no fue el primer pensador liberal después de Unanue en defender la tesis patriótica acerca del origen de Manco Capac. La tesis patriótica y luego republicana fue defendida por el mismo Bolívar en una carta que escribe a su llegada a Cuzco en 1825:

Manco-Capac, Adán de los indios, salió de su paraíso Titicaca y formó una sociedad histórica sin mezcla de fábula sagrada o profana, sin diluvio de Noé o de Deucalión, sin historiador de Moisés o de Herodoto. Dios lo hizo hombre: él hizo su reino y la historia ha dicho la verdad; porque los monumentos de piedra, las vías grandes y rectas, las costumbres inocentes y la tradición genuina nos hacen testigos de una creación social de que no tenemos ni idea, ni modelo, ni copia. El Perú es original en los fastos de los hombres.²³

La calificación de Manco Capac como un «reformador de instituciones» y no como rey o inca fue compartida, aunque con ciertas modificaciones importantes, por Mariano de Rivero y Ustariz en su obra *Antigüedades peruanas* (1851).²⁴ Rivero suscribe, a la vez, la tesis orientalista de Humboldt y la tesis patriótica. ¿Cómo lo hace? Siguiendo a Humboldt, Rivero identifica a Manco Capac como un «sacerdote budista» que reforma la primitiva cultura peruana y que prepara la coronación de un inca.²⁵ Los incas que le siguen no son asiáticos sino peruanos, comenzando por un cacique que se corona como «Inca Rocca», primer inca o emperador del Perú. O sea, Rivero puede sostener con orgullo patrio que los incas

²³ *La revista peruana*, vol. III, Lima, 1879, pp. 35-39. Reimpreso de la carta de Bolívar a José Joaquín Olmedo (Cuzco, 27 de junio de 1825). Este último fue autor del poema heroico «La victoria de Junín. Canto a Bolívar» (1825). La alusión al «Adán de los indios» es poética y no implica una adhesión por parte de Bolívar a la tesis poligenista.

²⁴ El libro de Rivero resulta ser un museo curioso de artefactos e hipótesis a veces incompatibles, en parte porque dos capítulos son de la mano de su colega Jacob von Tschudi, antropólogo suizo de larga trayectoria en los estudios peruanistas, y en parte porque el texto de Rivero parece haber sido escrito y reescrito durante el lapso de una década.

²⁵ Sobre la cultura primitiva y la obra reformadora de Manco Capac, Rivero escribe: «No admite duda que existía en el Perú, ya antes de [la] llegada [de Manco Capac], cierto grado de cultura, pero queda por averiguar el problema, tal vez para siempre insoluble, del origen de esta cultura: si era una sucesiva manifestación progresiva del espíritu de las naciones aborígenes, o más bien transplantada de otro suelo [...] El tino perspicaz y exacto conocimiento del terreno en que iba a construir su nuevo edificio, motivaron al reformador a tomar por base el culto anterior decaído, y por eso encontramos, especialmente en el culto religioso, elementos heterogéneos, no combinados entre sí aunque mezclados, que atestiguan sin embargo al observador atento y profundo, la sabiduría del que supo reunirlos tan ingeniosamente» (RIVERO 1851: 62-63).

son «nuestros» aunque, según las prestigiosas investigaciones filológicas de los orientistas, Manco Capac parece haber sido de origen forastero. Manco Capac sigue siendo «fundador de la dinastía» sin haber sido inca.

En *Las tres épocas del Perú o Compendio de su Historia* (1844) José María Córdova y Urrutia también defendió la tesis patriótica acerca del «origen nacional» de Manco Capac. Rechaza como «ficciones» las tesis de Raynal, Humboldt y Ranking, insiste en la verdad de Garcilaso: Manco Capac y Mama Ocllo salieron «de una isleta de la laguna de Titicaca»:

Mucho han trabajado los sabios sobre escudriñar el origen de los Incas; o mejor diremos, en revestir sus obras con ficciones para hacerlas apreciables: esto ha llegado al extremo de privarnos de la gloria de que Manco-Capac hubiese nacido en el país, persuadiendo vinieron de afuera [...] El Barón de Humboldt infiere que no fue del Norte de la Europa de donde sacó el Inca el código de sus leyes, sino más bien del Asia. Ranking [...] conjetura a Manco Capac hijo del Gran Khan Kublai [...] (CÓRDOVA Y URRUTIA 1844: 1-2)

En resumen, Lorente recoge la «epistemología patriótica» y narra una historia unificada de las épocas, partiendo de la primitiva «civilización peruana». La arquitectura lorentina de la historia peruana postulaba tres epopeyas (fundación, conquista, emancipación) y cuatro épocas o «fases de desarrollo nacional» (primitiva, incaica, colonial y contemporánea). Esta arquitectura reflejaba una visión del conjunto.

Narrar la historia de la civilización a partir del «libro de los reyes»

¿Cómo hilar una narrativa «animada» y «filosófica» de la larga historia de una civilización de tan «fuertes contrastes»? Para escribir las cuatro fases o épocas de la civilización peruana, Lorente no tuvo otro remedio que recopilar «el libro de los reyes» escrito por «los poco severos historiadores» del pasado. En los seis tomos de su *Historia general del Perú*, Lorente adopta la muy antigua y probada estructura dinástica del anal político, es decir, la historia de los soberanos y los «sucesos notables» ocurridos durante sus respectivos reinados, sobre todo para narrar «ordenadamente» la «historia del Perú» bajo las dinastías, sean ellas incaica, austriaca o borbónica. En otras palabras, Lorente juntó las tradicionales narrativas de las historias dinásticas y neodinásticas (anales políticos) y las sujetó a la «crítica histórica» y al criterio global de su valor filosófico para la contemplación del «desarrollo nacional» de la civilización. De esta manera, los textos de Lorente beben de una larga tradición de historiografía política peruana y española.

Es obvio que la obra de Lorente se nutrió de una amplia y diversa lectura que incluía crónicas, historias oficiales, manuscritos inéditos

como las memorias y las visitas, literatura, libros de viaje, tratados de geografía y de historia natural, historia universal, filosofía, etc. Sin embargo, sobre el tema del «Perú antiguo» podemos identificar unos cuatro o cinco textos históricos fundamentales y de gran prestigio (cuyas huellas son visibles en las nuevas narrativas) no sólo para Lorente sino para el conjunto del discurso histórico peruano de su época. Éstas eran *La crónica del Perú* de Pedro Cieza de León, la *Historia natural y moral de las Indias* del padre Acosta, la primera parte de los *Comentarios reales de los incas* del Inca Garcilaso de la Vega, y la *Verdadera relación de los hechos de los castellanos en ultramar* de Antonio de Herrera. Junto a estas obras clásicas había muchas de menor o mayor influencia, como los escritos geográfico-históricos de Cosme Bueno y José Hipólito Unanue y, entre las contemporáneas, una interpretación esquemática que William Prescott dedicó al Perú antiguo como preámbulo a su *Historia de la conquista del Perú* y que trataremos aparte más adelante.

La crónica soldadesca de Cieza fue muy estimada por los historiadores del siglo XIX por su estilo frugal y por su estrategia textual de diferenciar claramente entre lo observado por el escritor, testigo ocular que marcha e indaga, y lo que los nativos encontrados allí «cuentan» o dicen haber oído decir. Las descripciones geográficas y de monumentos de Cieza proveían al nuevo historiador de la antigua civilización el retrato primigenio del «suelo» que requería para poder «caracterizar» a sus habitantes nativos e incluso definir «el espíritu nacional» de su gente. Las «informaciones» relatadas por Cieza acerca de Tiahuanaco, por ejemplo, servían como punto de partida no sólo para los historiadores sino también para los viajeros y anticuarios del siglo XIX. La historia civil y natural del gran jesuita Acosta contribuyó en dos puntos fundamentales a la historia nacional de Lorente: la noción de un gran Perú como «parte más principal» del Nuevo Orbe (recogida además por Garcilaso, Peralta Barnuevo y Unanue, entre otros) y la tesis sobre el origen del hombre americano en primitivas migraciones asiáticas de gran antigüedad.

El significado de Garcilaso es múltiple. Lorente lo considera «el primer historiador nacional» y también una buena fuente de observaciones y tradiciones nativas, siempre descartables o verificables a través de la compaginación «crítica» con otros textos confiables de la época. Pero quizá lo más fundamental de Garcilaso para Lorente es su narrativa «providencial» de la conquista, hecha posible en gran parte por la divina intervención de la Virgen María, y cuyo resultado fue que el «Peruano Imperio» no sólo continuó, sino que recibió el más grande impulso civilizador que se pudiera imaginar («la luz» del Rey de los Reyes, «la espada» del mayor Rey de la Tierra y «la pluma» de la letrada civilización universal). Por último, la historia oficial de Antonio de Herrera era para

Lorente fuente bastante confiable de datos por el hecho de que se basaba en la más completa colección de «documentos» depositados en el archivo real de Simancas. La historia virreinal de Lorente, publicada en tres tomos, se organiza en la tradicional forma dinástica, es decir, es una narrativa amena y sumaria que sigue los reinados de los reyes y, en el marco de ellos, los períodos más cortos de los virreyes. Para estos últimos, sus fuentes más importantes son las memorias de los virreyes, algunas de las cuales él mismo editó.²⁶

Para «completar» la narrativa que entretejía las grandes épocas de la historia del Perú, Lorente pudo haber recogido el anal neodinástico de José María de Córdova y Urrutia, publicado un año después de su arribo al Perú.²⁷ *Las tres épocas del Perú* es un simple listado con breves apuntes acerca de los soberanos «peruanos». Es una simple copia y contemporización del «Resumen histórico del origen y sucesión de los Incas, y demás soberanos del Perú, con noticias de los sucesos más notables en el reinado de cada uno», compilado por Antonio de Ulloa como añadido a su *Relación histórica del viaje a la América meridional* (1748). El texto de Ulloa es, a su vez, también copia modernizada de la historia dinástica de los incas de Garcilaso. *Las tres épocas* es prueba, además, de que ya hacia los años 1840 y aun antes del famoso sermón del conservador Bartolomé Herrera,²⁸ los republicanos ansiaban escribir en el Perú una larga e ininterrumpida historia nacional a partir del libro dinástico de los reyes. Quizá no debe sorprendernos el hecho de que su autor fuera partidario de San Martín y secretario del Congreso, y luego amanuense que cumplía funciones judiciales y prefecturales, entre ellas la de compilar una «Estadística histórica y geográfica» de las provincias de Lima.²⁹ Córdova y Urrutia recoge el popular «Resumen» por Ulloa (que retrató a los «emperadores peruanos» desde Manco Capac hasta Fernando VI), poniéndolo al día, con añadir los reyes borbónicos «emperadores del Perú» que habían seguido a Fernando VI, dando cuenta de los reinados de todos los virreyes que también son «peruanos» para luego, y sin ninguna ruptura, sumar los Libertadores San Martín y Bolívar así como a los Presidentes de la República del Perú, hasta terminar en el entonces ocupante del Ejecutivo, Ramón Castilla. La cadena de soberanos y gobernantes unía la «historia del Perú» desde Manco Capac hasta Ramón Castilla. La

²⁶ Véase el breve ensayo bibliográfico en *Historia de la civilización peruana*, pp. 99-108.

²⁷ *Las tres épocas* fue publicado en 1844 por el autor. Hubo 51 subscriptores, entre ellos Luna Pizarro, Herrera, Elías, Durán, Riva-Agüero y Mendiburu. Lorente no figura en la lista.

²⁸ Nos referimos al sermón de 1846 en que Herrera fustiga los liberales republicanos por imaginarse libertadores del «Imperio de los Incas» y aun «hijos del Sol».

²⁹ CORDOVA Y URRUTIA 1839. Sobre su carrera ver *Ojeada de los servicios prestados a la nación*, Lima, 1849.

historia neodinástica de Córdova y Urrutia exhibía «tres épocas» llamadas «fundación del imperio de los incas», «dinastía ultramarina» y «Perú independiente». La arquitectura tripartita «completó» la narrativa nacional, dándole su comienzo, medio y fin. Por eso deja huella en el discurso histórico que hasta hoy es dividido, al menos en el lenguaje laico, en «prehispánica», «virreinal» y «republicana». En *Las tres épocas* no cabe duda de que «el Perú Independiente» es el «destino» inexorable de las dos épocas anteriores, porque el guía infalible en la ruta histórica del Perú es Dios.

Lorente hizo algo más que ensamblar los anales dinásticos de la historia política peruana. Añadió una narrativa progresista del «desarrollo nacional» que partió de la historia primitiva y antigua del hombre, haciendo que «el espíritu» de la historia o «el movimiento general» de la civilización peruana «bajo» este u otro régimen dinástico sea el sujeto omnipresente pero invisible de la película, y no los incas o reyes y sus memorables hechos. Lo que es más importante, Lorente construyó una historia «armoniosa» en la que «los elementos civilizadores» encontraron eco en la trama y estilo mismos de la historia escrita (LORENTE 1860a: 21).

La historia antigua, universal y peruana

El *Compendio de la historia antigua del Oriente* (1876b) de Lorente empieza con estas palabras:

Ninguna historia puede ofrecer un interés superior al de la historia antigua de Oriente, que ha sido la cuna de la humanidad y de la civilización [...] Las ventajas generales de la historia, que son suplir la falta de experiencia, dirigirnos a la verdad, la belleza y el bien con el atractivo de los grandes ejemplos, y avivar el deseo de instruirse en los principales ramos del saber, se hallan, en el más alto grado, en la historia antigua de Oriente. (LORENTE 1876b: 8-10)

La trama del texto sobre la historia antigua del Oriente es la del nacimiento y degeneración del hombre primitivo. Esta trama o narrativa maestra, cristiana y liberal, está presente en toda la obra de Lorente, como en la de la gran mayoría de los historiadores americanos y europeos de su época. «En el Oriente degeneró pronto la familia de su pureza primitiva, que le ha devuelto el cristianismo». El traspaso de la poligamia pudrió a la sociedad desde adentro. La caída del hombre oriental desde su primitivo estado de libertad y pureza es confirmada por las nuevas disciplinas científicas de la Historia Universal: la Arqueología, la Etnografía, y sobre todo la Filología:

Si en las primeras tribus, a juzgar por los nombres con que en las lenguas primitivas se designan a la madre y a los hermanos, conservaron la santa unión de un solo hombre con una sola esposa; aun bajo la vida patriarcal y mucho más en la relajación de los grandes Estados se introdujo la pluralidad de mujeres, que degrada al bello sexo, aleja de la familia las afecciones más puras, y por la degeneración de la sociedad fundamental, dificulta en gran manera la cultura superior de los pueblos. (LORENTE 1876b: 8-10)

Así, «la práctica pura, primitiva y universal de la monogamia» en las culturas primitivas se degenera bajo la férula de los patriarcas feudales y el despotismo de los estados imperiales. La causa es evidente: las «falsas religiones» arruinan toda sociedad, llevándola a la idolatría, al despotismo, al egoísmo, a la sociedad de castas, a la degradación de la mujer, en suma a la injusticia social:

[...] sostenida por las clases superiores y autorizada por las falsas religiones, amoldó a los pueblos al yugo, de tal modo, que perdieron el sentimiento de la libertad primitiva; las generaciones nacen, vegetan y se extinguen allí en la inmemorial servidumbre. Los dominadores se rodean de lujo deslumbrador, imperan según su capricho, son dueños de vida y haciendas, y miran al mísero pueblo como un simple instrumento de su poder y de sus goces. (LORENTE 1876b: 24)

A consecuencia del «sistema de castas» en Oriente, el hombre había «olvidado» su «fraternidad universal y original». El pueblo vegetaba y las clases altas se degeneraron, dominadas por el espíritu idolátrico de «la casta sacerdotal». La «injusticia social», las «guerras bárbaras» y también el «despotismo», todos estos males fueron resultado directo de las «falsas» enseñanzas idolátricas de esa casta. Entre los pueblos orientales, sólo los hebreos evitaron el error fundamental de la idolatría.

A pesar de todo, las civilizaciones orientales eran grandiosas y por lo tanto disponían de «poderosos elementos» de fraternidad y unidad que servirán de base para el progreso, una vez removidos los «obstáculos» que son la idolatría, el despotismo y el sistema de castas. Como Marx y muchos otros pensadores occidentales, Lorente esperaba el día en que los pueblos orientales rompieran las cadenas de su servidumbre; ese día estaba muy lejano, porque, en el pensamiento liberal y socialista occidentales, los pueblos europeos y luego los americanos constituían la vanguardia del proceso histórico. También como Marx, Lorente estimó que el colonialismo británico podía acelerar ese proceso progresista en Oriente, brindando tales elementos de modernidad como el gobierno racional, la industrialización y la educación liberal. La diferencia entre Lorente y Marx no radica en la teleología de la historia, sino (entre otras

cosas) en el verdadero estado primitivo del hombre, es decir, en su filosofía histórica. Para Marx y Engels ese estado era «comunista»; para Lorente, tal como para Rousseau, el estado «natural» del hombre primitivo era liberal y monogámico-familiar. Resulta que, en el pensamiento filosófico historicista del siglo XIX, el «destino histórico de la humanidad» era un nombre moderno para el estado primitivo o puro del hombre, cuya realización plena esperaba la modernización revolucionaria y/o evolucionaria de la civilización. Marx y Lorente compartían ese discurso aunque partiendo de «ideologías» y «metodologías» distintas.

Todo «compendio» o texto didáctico de historia debe impartir generalizaciones memorables; sin embargo, es evidente que el *Compendio de la historia antigua del Oriente para los colegios del Perú* de Lorente no dista tanto de las líneas fundamentales del discurso erudito orientalista de su época, estudiado críticamente por Edward Said (1973). El *Compendio* de nuestro autor ofrece una especie de «espejo» del Occidente cristiano contemporáneo: idolatría, despotismo, opresión, inmovilidad histórica. Estos elementos los pudo observar el historiador en otras latitudes y en otros tiempos. La revolución francesa se levantó para borrarlos de la historia. Por eso era indicado hablar de «libertad, igualdad, fraternidad» pero también de los valores filosóficos cristianos de la moral y de la metafísica. Sin estos elementos, «la misteriosa y brillante» pero siempre «frágil» civilización del Oriente jamás podía gozar de un «progreso indefinido». La civilización tendrá que luchar para aniquilar «los obstáculos» que inhiben su evolución definitiva y providencial hacia la Libertad del hombre (LORENTE 1876b: 22-24).

La larga historia de la civilización peruana es como la de Oriente, «misteriosa, brillante y frágil», pues «en las situaciones más esplendentes y envidiables han ocurrido catástrofes impensadas, trastornos violentísimos e invasiones destructoras». Estos hechos «harían desconfiar del porvenir del Perú» si no fuera por «su grandeza pasada, sus elementos actuales y sus condiciones indestructibles de progreso» que, tal como en el Oriente, «le asegurarán días más y más prósperos» siempre «que sepa sentir todo el valor de la libertad y marche según las miras de la Providencia» (LORENTE 1876c: 3). Sin embargo, el Perú no es sinónimo de Oriente; su historia antigua presenta elementos comparables a los de Grecia y Roma.

Lorente tiene una visión más matizada de la Grecia antigua. La antigüedad clásica presenta un escenario sangriento «de libertad y opresión». Se define por una serie de luchas tenaces y heroicas entre las fuerzas de la libertad e independencia y las de la barbarie y tiranía, entre hombres libres y filósofos y hombres esclavos y brutos. A diferencia de Oriente, la historia antigua de Grecia ofrece una gran «variedad

de gobiernos, desde el individualismo a la comunidad espartana» y desde las monarquías (paternales o tiránicas) hasta las repúblicas (timocráticas, oclocráticas, aristocráticas y oligárquicas). Hay, además, las «numerosas confederaciones» en donde alguna ciudad ejerce supremacía sobre las demás; ello se ve en diversas épocas, por ejemplo en Atenas, Esparta y Tebas (LORENTE 1876d: 143). Por su diversidad de instituciones y por su pensamiento libre e independiente

[...] la Grecia, que era el más pequeño país de Europa, ejerció en la civilización antigua un influjo superior al de los mayores imperios de Oriente: ninguno le igualó en grandes hombres, hechos memorables, instituciones políticas, sabias doctrinas y obras maestras; hasta hoy es para las naciones más adelantadas una escuela de filosofía, bellas artes y letras. El estudio de su historia es por lo tanto sumamente instructivo. (LORENTE 1876d: 1)

La historia antigua romana tiene una importancia suma por ser «sepulcro de las naciones antiguas y cuna de las modernas» y además escenario primigenio de una dramática proscripción, por parte del «irritado» pueblo romano, de los reyes etruscos en la tiránica figura de Tarquino.

El estudio de la historia romana es tan agradable como útil; presenta la interesante vida del pueblo romano, que fue el sepulcro de las naciones antiguas y la cuna de las modernas; abunda en sucesos extraordinarios, rasgos de heroísmo, grandes instituciones y hombres notables; nos da a conocer los principales orígenes de nuestras leyes, de nuestras costumbres y de nuestra lengua; y mostrándonos claramente que las naciones crecen y prosperan por las virtudes, degeneran y caen por los vicios, nos da lecciones de moral más elocuentes que las explicaciones abstractas, y más provechosas que la tarda y amarga experiencia. (LORENTE 1875: 1)

Quizá el gesto fundamental de la *Historia de la civilización peruana* (1879) de Lorente es el puente filosófico que construye entre la historia antigua del Oriente y la del Occidente. Es un libro sintético que refleja la madurez del pensamiento filosófico-histórico de Lorente, resumiendo lo ya sabido, pero también lanzando sorprendentes propuestas. Anticipa los debates, ejes y tendencias doctrinarias y pedagógicas que definirán el pensamiento histórico peruano del siglo xx,³⁰ entre ellos la problemática recurrente del «socialismo incaico» que marcará los contrastes entre el positivismo, el indigenismo, el socialismo y el peruanismo integral, desde Javier Prado y Castro Pozo hasta Mariátegui y Basadre. La noción de Lorente es que «el estado social» del Perú antiguo, cuyo «elemento permanente y civilizador» es su «espíritu comunal», demuestra elemen-

³⁰ Ver PORTACARRERO y OLIARTE 1989.

tos propios hasta cierto punto comparables o parecidos a los de «la comunidad de Esparta» y también a «los Imperios del Oriente».

Según Lorente el «elemento permanente» de la civilización peruana desde la época primitiva hasta la contemporánea, vale decir, la manifestación constante del «alma» del pueblo-raíz en la larga historia peruana, es el «espíritu comunal» de su gente. En este concepto clave de «espíritu comunal» encontramos una parte del motivo por su utilización del nombre «civilización peruana» y no el de costumbre, es decir, la «civilización incaica». Es que la civilización era más profunda y más antigua que los incas. «Las partes integrantes del estado, la base permanente de la constitución social eran las comunidades [...] no solo florecieron en el gobierno de los Incas, sino que subsistieron en muchas partes después de su destrucción, durante el coloniaje y aun en la República peruana». Para Lorente el nombre de una civilización de origen preinca y basada en las comunidades, tenía que ser «peruana». El nombre «andina» aún no era usado en el discurso histórico; en cambio, hace varios siglos que «peruano» circula como el nombre de una gran cultura, y aun de «la nación más imponente de América». Sin embargo es probable que, aun estando disponible el nombre «andina», Lorente hubiera escogido «peruana» por su resonancia contemporánea con un «destino» o proyecto nacional. Así Lorente concentra, en el nombre de una civilización antigua, la metamorfosis del «libro de los reyes» en el libro antiguo en que «el maestro de escuela» enseña a leer a la sociedad moderna.

El espíritu comunal y el socialismo incaico

El «espíritu comunal» del pueblo-raíz peruano fue articulado en un «estado social» unificado sin violencias y por leyes sabias formuladas por el reformador Manco Capac y basadas en las ya existentes instituciones comunales, siendo luego ampliado por la dinastía incaica. Era precisamente este elemento comunal, voluntario y «suave» del estado social peruano «realizado en escala vastísima» lo que le distingue al Perú de los imperios «despóticos» orientales y que lo asemeja a la Esparta antigua:

Lo que la civilización del Perú ha ofrecido de más extraordinario y permanente en el estado social ha sido el espíritu comunal, que apareció desde los primeros albores de la vida civil, recibió una organización admirable en el imperio incásico, dejó sentir su influencia bajo los Virreyes y aun no ha desaparecido enteramente; lo que entre los Griegos consiguió difícilmente Licurgo en el reducido territorio de Esparta, lo que en nuestros días se relega entre las peligrosas utopías del socialismo, fue realizado por Manco Capac y sus sucesores en escala vastísima,

haciéndose solidario el destino de las comunidades y provincias, sin trastornos, ni crímenes, sin holgazanería, ni violencias, en dulce paz, con bien estar común, con la regularidad de un convento y con las aspiraciones concertadas de una familia, cuyos individuos están cordialmente unidos. (LORENTE 1879: 4)

Para Lorente, el socialismo en gran escala es un fenómeno social que pertenece a la época antigua-tardía de la historia. No es el estado primitivo del hombre ni tampoco el destino histórico de la humanidad. En el mundo contemporáneo se presenta más bien como una «utopía peligrosa» que no está en armonía con el progreso de la civilización hacia la libertad providencial.

Pero ¿por qué no perduró el socialismo incaico si se basaba en un elemento tan «permanente» como el «espíritu comunal» del pueblo peruano?:

El socialismo en la escala más vasta [...] no podía durar, porque contrariando los más poderosos sentimientos de libertad, propiedad y familia debía debilitarse y corromperse a medida que se extendiera, y de continuo estuvo expuesta a una destrucción súbita, porque la jerarquía social dejaba el destino de todos pendiente de una sola cabeza [...] Los intereses de la patria se confundían con el de la autoridad. (LORENTE 1879)

O sea, la tendencia monarquista e imperialista del estado incaico lo condenó a muerte, para que «los intereses de la patria» pudieran seguir con vida. Pronto se presentarán las condiciones para una nueva «siembra» de la vieja semilla comunal. Sin embargo, las comunidades indígenas tal como existían en la antigüedad y tal como supervivían, en ciertos casos, durante el coloniaje español, no podían servir de base para la nueva nacionalidad del Perú contemporáneo. El problema yacía en el «sentimiento comunista» de la «parentela» extendida en el ámbito comunitario. Esta estructura interna de la comunidad, a la vez que los sostenía materialmente, oprimía a la mujer y a los ancianos, «violentando el corazón humano» y contrariando los principios organizativos fraternales y familiares de la nación contemporánea. Estas tendencias eran, sin embargo, remediabiles y hasta cierto punto habían sido canceladas antiguamente durante el imperio incaico por «instituciones más humanitarias» y por «la inalterable ternura del carácter nacional»:

El gran vacío de la comunidad [...] era la imperfecta organización de la familia, de la que están pendientes el destino de los individuos y el de las naciones: los tiernos afectos y la providencial solicitud, que en las sociedades bien construidas deben unir entre sí a esposos, padres, hijos y hermanos, perdían en intensidad y dulzura, cuanto los lazos de la paren-

tela habían ganado en expansión; debilitados los afectos de la sangre por los sentimientos comunistas [...] los seres flacos por el sexo o por la edad tenían mucho que sufrir. La mujer, más que la compañera, era la sierva del marido [...] los ancianos [...] solían ser vistos con indolente indiferencia, cuando no eran dejados en el más lamentable abandono. Tales serán siempre los efectos del socialismo, que, violentando el corazón humano, sacrifica a la fraternidad oficial los sentimientos más íntimos, más dulces y más generosos, fuente inagotable y pura de la más deliciosa abnegación. (LORENTE 1879: 153-154)

La historia colonial de la moderna civilización peruana

¿En qué consistía la historia de la civilización peruana bajo las dinastías ultramarinas? La «historia antigua» del Perú se encuentra con la «historia media» de Europa, dando por resultado la «edad moderna» universal. España se presenta a «la vanguardia de Europa», abriendo un nuevo mundo. Esto significa para el Perú una pérdida, pero también una muy valiosa e irreversible ganancia o avance. Por un lado, «la sujeción colonial hacía perder el sentimiento de la existencia nacional. Colocado el poder central al otro lado de los mares no era dado a la nación tener la idea clara de sus necesidades, ni de sus recursos». Por otro, «la Providencia [...] jamás borra unos nombres del libro de la vida, sino para escribir otros». El nombre primitivo de la civilización peruana, en otras palabras, no será borrado:

Al desaparecer el Imperio de los Incas hacía germinar las semillas de una nueva nación: los mismos principios que habían dado origen a la conquista, debían producir la independencia de la colonia [...] ninguna fuerza de la tierra era bastante [par]a ahogar los gérmenes de progreso: la cultura de los Incas, el cristianismo y la influencia española, quedaron en el Perú junto con la grandeza imperecedera del país para reparar los estragos que siguieron a la caída del Imperio. (LORENTE 1861: 494-495)

En realidad, «el Virreinato daba a los Peruanos una influencia más extensa y más gloriosa que la dominación de los Incas, y bajo las apariencias uniformes de la inmovilidad ocultaba un progreso variado». La Lima virreinal, centro del poder peruano colonial, «contribuyó [...] a formar las nuevas sociedades, con las que la emancipación había de establecer siete Repúblicas hispano-americanas y uno de los estados de la federación colombiana» (LORENTE 1879: 4-5).

Así, Lorente no compartió la visión nativista y antihispánica acerca de la Colonia cultivada por algunos republicanos «radicales», entre ellos

Simón Bolívar, Benito Laso, Juan Espinosa y Santiago Távora, sobre todo durante la época posindependencia: «El cúmulo de abusos, miserias, humillación y rémoras inherentes a la civilización colonial, ha dado ocasión a que no solo se nieguen todos sus beneficios, sino a que se tenga ese período trisecular como un paréntesis en la cultura de los peruanos, como un retroceso o un letargo» (LORENTE 1879: 5). La larga perspectiva filosófica de Lorente jamás podía admitir semejante juicio «superficial» y «cínico» que, por lo demás, demostraba tamaña ignorancia del «movimiento general» y providencial de la humanidad hacia la modernidad y libertad universales:

Casi todas las influencias que conservaban a la sociedad peruana bajo la organización colonial, impedían los progresos rápidos, ya alejando los medios, ya amortiguando el deseo de mejorar de situación. Mas la Providencia que todo lo encamina al bien de la humanidad, hacía servir la lentitud de los movimientos a la formación más regular y por lo mismo más sólida de la nueva nacionalidad. El pasado se transformaba sin perder su valor; los elementos extraños se acercaban más; la población echaba hondas raíces en el suelo; su porvenir deslumbraba menos, pero era más sólido. Los cuerpos políticos, como los seres vivos y como los cristales, solo adquieren una perfección estable cuando se forman en las condiciones naturales de espacio, tiempo y reposo. (LORENTE 1863: 382)

La «nueva nacionalidad» moderna peruana sufría revences por el hecho colonial de ser gobernada por una lejana monarquía, pero su nombre y glorioso pasado no pudieron ser borrados, siendo más bien transformados «sin perder su valor» (LORENTE 1863: 382-383).

La historia contemporánea del Perú y del mundo

La versión de Lorente de la historia del Perú independiente está marcada por la historia universal de la edad contemporánea, iniciada por la revolución francesa. Lorente se identifica plenamente con la «edad de las revoluciones», juzgando que su época se caracteriza por «el espíritu revolucionario, el predominio de la democracia, la solidaridad creciente de los pueblos y el progreso rápido». Es, además, una época sin igual en la historia porque «la civilización del siglo XIX alcanza una grandeza, a que nada puede compararse en los tiempos antiguos, ni en los modernos, sin que por eso esté exenta de sufrimientos y de extravíos» (LORENTE 1876a: 1).

A pesar de las reacciones monarquistas de los 30 y del decadente «cesarismo» de los 60 en Europa, el liberalismo, «fundamento de toda revolución contemporánea», avanzaba sobre el terreno tanto en Europa

como en las Américas. Además, se dieron progresos notables en los «estados despóticos» de África, Asia y Oceanía, sobre todo en las colonias británicas y, en algunos casos como el de la India, por medio de la insurrección. «Calcuta y otros grandes centros ostentaban bellos establecimientos de instrucción y beneficencia. Mas el despotismo de la Compañía de las Indias Orientales se hacía más y más intolerable» (LORENTE 1876a: 184). El motín de 1857 frenó los peores abusos de la Compañía rapaz, pero la rebelión fracasó por las divisiones religiosas entre musulmanes e hindúes, y por el exaltado monarquismo restaurador en Delhi en favor del gran Mogul. Hubo, además, una reacción terrorista británica, «ejecuciones por millares, varias de ellas mediante la metralla». Al gobierno informal de la Compañía sucedió el de la reina en 1858, «animada de miras más elevadas, más económico y justiciero» (LORENTE 1876a: 185-6). La autoridad en las colonias holandesas de Malasia ya «no admite esclavos y deja a los naturales administradores propios vigilados por el gobierno colonial; respeta las creencias y costumbres locales, y solo impone cargas moderadas». En las islas Filipinas españolas, la autoridad colonial «los gobierna con alguna dulzura y promueve la conversión de los idólatras». Mientras que «las colonias inglesas» de Australia y Nueva Zelanda ya «han principiado en la época contemporánea» y «no tardarán en hacer de ellas los Estados Unidos de Oceanía» (LORENTE 1876a: 191-2).

Hacia tiempo que en las colonias españolas de América se venía preparando la vida independiente de la época contemporánea. Sólo había que esperar «el momento señalado por la divina providencia para la vida independiente del Nuevo Mundo»:

La emancipación de la América española fue preparándose de lejos por causas diversas [...] No podía ser duradera la sujeción de un inmenso y distante territorio a la débil España [...] Hallaba ésta ya en sus condiciones locales, ya en su historia elementos poderosos para la vida independiente: incalculables riquezas [...] naturales; la antigua grandeza de los imperios peruano y mexicano respondía del porvenir de poderosos estados; en toda la duración del coloniaje habían ocurrido tentativas de emancipación, a las que solo faltó la oportunidad para el éxito completo [...] El gobierno español no sabía administrar bien países, que apenas conocía [...] además de las absurdas y ruinosas restricciones impuestas al movimiento civilizador [...] La independencia de los Estados Unidos, tan gloriosa como próspera, no podía menos de animar a romper el ominoso yugo. Más tarde la de Santo Domingo movía a mirarlo como una vergüenza, y al fin la del Brasil descubría, cuanto tenía de frágil [...] La revolución francesa vino a revelar los derechos, las conveniencias y las aspiraciones, que condenaban el coloniaje. El venezolano Miranda, que

había estado al servicio de la república francesa, inició con una expedición prematura la emancipación de su patria; Aguilar y Ubalde conspiraron en el Cuzco, con fin trágico, por la del Perú [...] La defensa heroica que en 1806 y 1807 hizo Buenos Aires contra formidables armamentos británicos, dio a la América española el sentimiento vivo de sus propias fuerzas [...] La guerra de la independencia de España ofreció a la de sus colonias, la ocasión más propicia [...] La abolición del Santo Oficio, los ayuntamientos populares, la libertad de imprenta y las demás medidas liberales traían por resultado lógico el desarrollo de las ideas libertadoras [...] De 1808 a 1810 estallaron en toda la América española sin concierto previo movimientos tan uniformes, tan espontáneos y tan grandiosos, que revelaron a las claras haber llegado el momento señalado por la divina providencia para la vida independiente del Nuevo Mundo. (LORENTE 1876a: 204-6)

Lima y el Perú fueron escenarios de tempranas conspiraciones independentistas (Aguilar y Ubalde y luego Pumacahua en Cuzco, los movimientos de Huánuco y de Tacna, tentativas en Lima) pero también de una mayor eficacia de reacción y negociación españolas, dando por resultado un equilibrio de fuerzas. Su misma grandeza hizo necesario un movimiento continental «con el concurso de las huestes libertadoras, originarias de todos [...] los nuevos estados» hijos del gran Perú virreinal (LORENTE 1879: 5). Sin embargo, no habría sido necesaria la intervención de Bolívar «si San Martín no hubiera postergado la emancipación por malhadados proyectos de organización monárquica». Lorente narra el momento sanmartiniano de esta forma:

El Perú, último baluarte de la dominación española [...] iba a ser libertado por acción combinada de los independientes del norte y del sur, secundada por el entusiasmo de sus propios hijos [...] El Perú se conmovió a la llegada de sus libertadores; el virrey Pezuela, a quien había desconcertado la revolución constitucional de la península, entró en negociaciones conciliadoras con los patriotas; y durante la suspensión de armas Guayaquil se pronunciaba en el norte, y Arenales hacía una marcha triunfal por la sierra, coronada con la victoria de Pasco. Rotas las hostilidades desembarcaban San Martín en Ancón, Cochrane se apoderaba de la Esmeralda en la bahía del Callao con admirable valor [...] Si San Martín no hubiera postergado la emancipación por malhadados proyectos de organización monárquica, la independencia se habría consumado sin combates azarosos: todo el norte estaba ya independiente por el pronunciamiento espontáneo de los pueblos; el centro volvía a levantarse en torno a Arenales, no obstante la presión de las fuerzas realistas, y el sur acogía con entusiasmo a las columnas libertadoras, comandadas por

Miller [...] El virrey, que no podía sostenerse en Lima, huyó a la sierra, y al ser perseguido activamente la lucha habría sido de corta duración. Los libertadores fueron acogidos en la capital con entusiastas aclamaciones, y el 28 de julio de 1821 fue jurada la independencia con júbilo general, puro e indescriptible después que hubo exclamado San Martín: El Perú es libre e independiente por la voluntad de los pueblos y por la justicia de su causa, que Dios defiende. (LORENTE 1876a: 228-229)

Después de la entrevista de Guayaquil vino la intervención provincial del gran hombre universal. Bolívar marcha al Perú a cimentar la histórica causa republicana de la época contemporánea:

Simón Bolívar [...] había recibido en Europa y al lado de su maestro D. Simón Rodríguez, la educación del gran mundo; asistió a la proclamación del emperador Napoleón, y juró en Roma consagrarse a la emancipación de la América española. Su nacimiento, riquezas y educación le daban mucha consideración entre las clases acomodadas; su mirada de águila, su exterior imperioso y su elocuencia vehemente avasallaban al vulgo; de aspiraciones sublimes, de vasta inteligencia, y de imaginación volcánica, se fascinaba a sí mismo y fascinaba a los demás con gigantescos proyectos; desprendido, audaz, infatigable, con una voluntad inflexible y con una fe incontrastable en la derrota lo mismo que en la victoria, era la imponente personificación de la América independiente. (LORENTE 1876a: 220-221)

Así es que, en la historia contemporánea universal de Lorente, el Perú es teatro privilegiado del gesto emancipador del gran héroe de la epopeya de la independencia americana.

La gloriosa iniciación bolivariana de la historia contemporánea en el Perú obtendría, sin embargo, consecuencias infelices al afincarse el militarismo caudillista. Pero no todas fueron infelices. Algunos caudillos lucharon por grandes causas nacionales, «por la grandeza y prosperidad de la patria»:

Las miras políticas de los caudillos libertadores, la índole sumisa del pueblo, que le hace fácilmente instrumento del poder militar, la preponderancia natural de las armas en prolongadas contiendas interiores y exteriores, la falta de educación republicana, todo daba en el Perú la preponderancia al ejército, que ponía y quitaba presidentes, eligiéndose siempre en su seno. La fuerza armada, y no la ley, ni la opinión pública regían los destinos de la república; sin que por eso estuvieran siempre los caudillos militares en oposición con los intereses nacionales, ni destituidos de celo ilustrado por la grandeza y prosperidad de la patria. (LORENTE 1876a: 272-3)

Es evidente que Lorente tiene en mente al mariscal Ramón Castilla, el caudillo protector «necesario» que pudo asegurar «con su prestigio» entre los militares la actuación de la popular revolución liberal de 1854-55:

En 1854 estalló la más general de las revoluciones populares: todo el poder militar, disponiendo de inagotables recursos, no pudo impedir, que los revolucionarios, después de otros inesperados triunfos, consiguiesen la victoria completa de la Palma (1855). La revolución, fiel a su programa, quiso asegurar el porvenir de la democracia con reformas radicales, abolió los fueros, la pena capital, la esclavitud de los negros y el tributo de los indios, los diezmos y otras reformas del progreso social; organizó en sentido liberal la instrucción pública y dio la constitución democrática de 1856. (LORENTE 1876a: 278)

Sin embargo, luego Castilla se sobrepuso al liberalismo, haciendo «disolver por un piquete de soldados la convención nacional, desprestigiada por su larga duración». Luego, Castilla «recobró parte de su prestigio» apoyándose en las condiciones de la prosperidad reinante. Al final de cuentas, «la administración del general Castilla es hasta ahora la época más feliz del Perú independiente» (LORENTE 1876c: 239).

Pardo asciende a la silla presidencial en jornada cívica (1872); a pesar de la inestabilidad financiera, la república debía presentar presagios de su «glorioso porvenir», pues se conmemoraba 50 años de vida independiente y había mucho que agradecer (es un hecho que la producción historiográfica de Lorente en estos años es estimulada por este acontecimiento simbólico). Ahora Lorente juzgaba que el militarismo debía sucumbir, ya que estaba cubierto de «ignominia»:

Pardo daba en sus eminentes dotes de estadista y en su inmensa popularidad muchas garantías de una administración apacible y próspera. Procuró desde luego ensanchar la vida de los pueblos, con la descentralización administrativa y las amplias facultades de los consejos populares; quería terminar las grandes líneas de ferrocarriles, y en todos los ramos se proponía hacer sentir su actividad inteligente y bienhechora; pero, sea por las tentativas reaccionarias, que han dificultado las mejoras apacibles, sea principalmente porque el malestar financiero, producido por anteriores desaciertos, supere la habilidad del mejor hombre de estado, la república ha presentado y presenta todavía una situación gravísima, llena de sufrimientos y peligros. No por eso dejan de ser tan incuestionables, como grandiosos los progresos realizados por el Perú en medio siglo de vida independiente. La grandeza tradicional, el suelo privilegiado, las reformas emprendidas y el espíritu nacional, solícito y capaz de la mayor cultura, anuncian siempre a la república un glorioso porvenir. (LORENTE 1876a: 282-3)

IV. Sobre la tumba de Lorente

Es fácil juzgar retrospectivamente que todo ese «glorioso porvenir» era «falaz», pero ello no nos ayuda a entender la producción histórica de un discurso histórico que, en sus grandes líneas, aún rige en el Perú. Lo cierto es que el período 1855-1879 fue relativamente próspero, de un crecimiento económico y una expansión del estado marcado por una nutrida producción intelectual y cultural.³¹ La guerra con Chile termina abruptamente con esta época de relativa prosperidad y libertad republicanas. *Historia de la civilización peruana*, su último libro, es publicado en el año gris de 1879. Lorente sobrevive la ocupación chilena, pero muere poco después, a fines de noviembre de 1884.

Hemos insinuado a lo largo de este estudio que la obra de Lorente, vista como «narrativa maestra» de la historia peruana, fue fundacional y es fundamental para la comprensión crítica de la invención republicana y postcolonial de una larga y unitaria historia nacional. Repitémoslo: Lorente fundó la visión sintética y genealógica de la nación peruana como «ser» histórico o «espíritu» de origen primitivo y con destino providencial, y lo hizo más de medio siglo antes que Basadre. Sin embargo, nuestro trabajo ha sido hasta cierto punto arqueológico. Con contadas excepciones, los historiadores peruanos del siglo xx no tienen una opinión formada sobre la obra de Lorente o, si la tienen, ésta es breve y poco favorable.³² Hace mucho tiempo que los libros de Lorente están en desuso. Al parecer, ninguna biblioteca pública limeña posee su obra completa. Dada la importancia crítica de esta obra nos cabe indagar, sin desear «rescatar» lo muerto, y más bien con miras a la crítica vital del discurso histórico peruano de mañana, acerca de la relativa indiferencia que rodea su tumba.

Los primeros escritos de Lorente acerca del Perú fueron publicados en el periódico oficial de la revolución del 54, *La voz del pueblo*. Fueron recibidos con las ácidas críticas de su principal rival intelectual y partidario del bando enemigo de Echenique, Manuel Atanasio Fuentes. El tono *ad hominem* de estas críticas se repite cuando se publican los primeros tomos de su *Historia general del Perú*. Mencionamos estas críticas perjudiciales del «Murciélago» no porque merezcan ser repetidas, sino por el hecho de que encontrarán eco en las opiniones emitidas por ilustres peruanos del siglo xx.³³ En los periódicos de la época, Fuentes y

³¹ Véase los diversos trabajos de Paul Gootenberg y de Carmen Mc Evoy.

³² Excepción notable es la inteligente y útil ponencia presentada al *V Coloquio de Estudiantes de Historia en el Perú*, por Gabriel Ramón Joffré, «La Historia del Perú según Sebastián Lorente» (1994).

³³ Ver «Tres preguntas al Señor Lorente», por Manuel A. Fuentes, *El Comercio*, 1855; reimpresso en FUENTES 1866, 1: 164. Ver asimismo diatriba firmada «Los Peruanos» en *El Comercio*, 7 de agosto de 1867 y *El Comercio*, 17 de julio de 1867.

compañía (siempre ocultos tras seudónimos tales como «un bípedo» y «el murciélago» y «unos peruanos») intentan bajar la reputación de Lorente tachándolo, entre otras cosas, de «cuadrípodo» y «lustrador de zapatos» de Castilla a quien sólo le interesa cobrar sueldos del estado. Lo tildan de «mero narrador superficial» e «inmoral» sin méritos de pensador, de «espía» al servicio de la reina de España, y de «apologista» de la conquista. Los ataques sensacionalistas y xenofóbicos aumentan cuando circula el rumor de que Lorente va a ser nombrado Ministro de Educación (un imposible bajo la Constitución), cuando obtiene la comisión para editar las *Memorias de los virreyes* que él mismo encontró en el Archivo de Indias (Fuentes estuvo tras esa comisión y luego será quien edite los tomos que Lorente dejó sin terminar) y cuando vuelve de Europa para reasumir sus actividades en el Perú. Aunque Lorente es defendido hábilmente por sus amigos y apreciadores entre la intelectualidad peruana de la época, cuyas cartas editoriales ponen en tela de juicio el carácter interesado y xenofóbico de las críticas, Lorente no las consideró dignas de respuesta propia.

El epitafio profesional sobre la tumba de Lorente es grabado en piedra con los pronunciamientos «funerarios» de dos estudiantes neopositivistas cuyas tesis marcaron una nueva etapa en la historiografía peruana: José de la Riva-Agüero y Víctor Andrés Belaúnde. En sus ensayos sobre historiografía peruana, Pablo Macera sostiene equivocadamente que «el primer historicismo» en el Perú fue el de la generación de Riva-Agüero y Belaúnde; curiosamente, Macera califica este «historicismo» de «tradicional» cuando en realidad representaba una heterodoxa versión local de la nueva historiografía positivista o neopositivista. Para Macera, la historiografía del siglo XIX, incluyendo por supuesto la obra de Lorente, no valió la pena porque no produjo ninguna síntesis, sólo «textos escolares».³⁴

Lo que podríamos llamar una visión «sigloveinticentrista» sobre el origen del moderno discurso histórico en el Perú se repite *ad nauseum*. En su inteligente reseña de la obra de Jorge Basadre, Gustavo Montoya afirma no sin razón que «luego de la Independencia y hasta el final de la Guerra del Pacífico, lo que tenemos es un escenario historiográfico en el que predominó la narración de acontecimientos» (MONTROYA 2002, I: 18). Pero Montoya cae en el error de sus antecesores al juntar en un saco a «Mariano Felipe Paz Soldán, Sebastián Lorente, Mendiburu, Bilbao, Santiago Távara, Odriozola, Gonzales de la Rosa, Nemesio Vargas, José Toribio Polo y, en una sección aparte, a Ricardo Palma» concluyendo que «ninguno de ellos produjo una síntesis del proceso histórico peruano». Pero lo que más sorprende es el pronunciamiento que sigue: «no tendrían

³⁴ Pablo Macera, «Historia e Ideología» y «El historiador y su oficio», en MACERA 1988, I: 5-7, 129-130.

por qué haberlo hecho. El Perú, como entidad colectiva, apenas si estaba en la agenda ideológica e intelectual de aquella época» (MONTROYA 2002, I: 18). Es difícil imaginar un intelectual más preocupado por una agenda nacional y por un Perú colectivo que Sebastián Lorente. El único historiador de comparables intereses y producciones sería el mismo Jorge Basadre.

Jorge Basadre manifiesta mayor respeto para la obra de los historiadores del siglo XIX, y dedica varias páginas luminosas a Lorente en su monumental historia enciclopédica republicana, reconociendo que Lorente «inicia en el Perú la historiografía universitaria». Basándose en los comentarios de su colega Raúl Porras Barrenechea (todo indica que Basadre no leyó la obra de Lorente con detenimiento), Basadre anota, además, que «Lorente aparece como el único historiador avecinado en el Perú que ha intentado hacer el estudio total de la experiencia histórica nacional en un plano distinto del texto escolar, presentando el estado de los conocimientos según los materiales utilizables en su época» (BASADRE 1968, VII: 169-72). Sin embargo, Basadre cita y sigue el juicio perjudicial de Atanasio Fuentes acerca de los *Pensamientos sobre el Perú*, caracterizándolos de «un testimonio ligero sobre el país profundo» (BASADRE 1968, V: 66). Es evidente que, como veremos más abajo, los comentarios críticos e historicistas de Basadre acerca del pensamiento del siglo XIX tienden a descalificar el gesto fundacional de la visión histórica de Lorente, cuyas líneas herderianas son ampliamente manifiestas (aunque no reconocidas) en la propia visión «genética», historicista y totalizadora de Basadre.

Aparte de Carlos Wiesse, profesor sanmarquino de Riva-Agüero y de Basadre y fiel discípulo de Lorente, el más notable defensor y mejor lector de la obra de Lorente en el siglo XX ha sido Porras. En su curso sanmarquino de 1945 Porras califica la obra de Lorente de «pionera», reconociendo su función fundacional como síntesis filosófica y narrativa. En un intento de rescatar la imagen de Lorente, Porras discrepa abiertamente con la sentencia dictada por Riva-Agüero (PORRAS 1963: 489).

En su tesis doctoral de 1910, el joven Riva-Agüero justifica tranquilamente la exclusión de la obra de Lorente; el cómodo criterio nativista de la tesis de Riva-Agüero sólo permite incluir a los historiadores nacidos en suelo peruano. Sin embargo, Riva-Agüero tuvo que adjuntar, al final de la tesis, dos páginas de obligado comentario. Sospechamos (queda por confirmar), que estas breves páginas respondieron a la insistencia de su comité asesor sanmarquino (entre ellos estaba Wiesse), pues era inadmisibles borrar el nombre del muy querido ex Decano de Letras de la institución, de una tesis que pretendía calificar «la Historia en el Perú». En sus dos páginas Riva-Agüero corona a Lorente con el «título de Vulgarizador». Dando eco a Fuentes, Riva-Agüero considera que Lorente no merece ser calificado como «un pensador sino un modesto expositor [...] sin vocación erudita». No es «ni investigador ni sintético»

sino un «simple narrador, agradable pero superficial». Según el criterio positivista que enmarca la tesis, aun el mejor y último libro de Lorente (*Historia de la civilización peruana*) es calificado, en última instancia, como «errado e incompleto»:

Sus libros históricos [...] resúmenes vivos y amenos de las noticias ya adquiridas, sin comprobaciones ni referencias de ninguna clase, prescindentes de todo lo relativo a instituciones, cultura y movimiento literario, concretados a lo puramente político y en ello mismo no libres de graves deficiencias y equivocaciones, se leen sin embargo con agrado por el aseo y la fluidez del relato, a pesar de que con frecuencia lo molean declamaciones triviales, adornos de barata literatura y flores de anticuado gusto. (RIVA-AGÜERO [1910] 1965, IV: 539-40)

Es notable que los «prolijos y pesados» historiadores que son para Riva-Agüero «antítesis perfecta» del Lorente «agradable pero superficial» merecen capítulos enteros de detenido estudio a pesar de que, como ya hemos aclarado, ni Mendiburu ni Paz Soldán escribieron Historia en el sentido contemporáneo de la palabra. Resulta que a Riva-Agüero le interesan sus escritos por la utilidad de sus datos, es decir, por su «contribución» erudita. Así Mendiburu y Paz Soldán son incluidos en el «museo erudito» de «la Historia en el Perú» mientras que Lorente queda fuera.³⁵

Sugerimos que hay una razón más profunda y hasta inconsciente para la exclusión de Lorente de la tesis de Riva-Agüero. Yace en el hecho «gramatical» o «funcional-estructural» de que el propio discurso histórico de Riva-Agüero se aproxima demasiado al del «Vulgarizador». No hay, por ejemplo, ninguna diferencia apreciable entre el método «crítico» de Riva-Agüero y el de Lorente. Ambos emplean las «pruebas» simples de la «comparación» libre, entonces llamada «historia crítica», secundadas por una amplia dosis de «sentido común».³⁶ Este hecho no tiene por qué sorprendernos: el maestro de Riva-Agüero era Carlos Wiese, quien se basaba en el método y en los textos de Lorente. La unión sagrada y fundacional entre patriotismo e historia queda manifiesta en la integridad de las obras de ambos historiadores, aunque desde ideologías distintas.³⁷ La narrativa maestra de la historia peruana en ambos es la del «gran Perú» y ésta tiene raíces en la historiografía colonial. Sus

³⁵ Ante la iniciativa de los alumnos de la Facultad de Letras, Riva-Agüero preside una comisión sanmarquina para conmemorar la labor de Lorente en el centenario de la independencia. El pedestal de bronce, ubicado en el parque Universitario, identifica a Lorente con las palabras de «Maestro de la Juventud Peruana»; el acta redactada por Riva-Agüero se expresa en el mismo tono de la tesis. Véase Jorge Guillermo LEGUÍA, *Monumento a D. Sebastián Lorente*. Lima, 1918.

³⁶ Ver p. j. *La Historia en el Perú* [1910], en RIVA-AGÜERO 1965, IV: 140-143.

³⁷ «La estrecha relación entre la historia y el patriotismo es de evidencia tal que constituye un lugar común [...] La patria es una creación histórica. Supone no solo la cooperación

visiones del estado inca son también bastante parecidas. Riva-Agüero y Lorente buscan, a su manera, la revaloración crítica de la obra de Inca Garcilaso de la Vega, ambos fueron impactados por las breves reflexiones de Prescott, aunque, curiosamente, Riva-Agüero está más cerca de la tesis orientalista de Prescott que Lorente. Basándose en la frenología del médico estadounidense Samuel G. Morton y en el orientalismo americanista que iniciara Humboldt, Prescott había sostenido que los incas constituían «una raza superior» a las demás «tribus bárbaras» nativas del Perú; además anotaba que los incas tenían origen asiático y también provenían de migraciones mexicanas o toltecas más inmediatas. El incaico era un «estado despótico» a lo Oriental, cuyo gobierno «paternal» tuvo el efecto de neutralizar las «energías individuales» de sus sujetos dóciles, dando por resultado un legado de servilismo e inmovilidad histórica luego acentuados por el despotismo español (PRESCOTT [1847] 1874, I). Riva-Agüero confirmó en parte esta tesis, sosteniendo que el estado inca era un «imperio despótico» comparable a «una China joven» y que «en mucha parte es responsable de los males que todavía afligen el moderno Perú» (RIVA-AGÜERO [1910] 1965, IV: 179-80). Como veremos más abajo, y como también se aprecia en el texto de la *Historia de la civilización peruana*, la posición de Lorente sobre los incas es algo más matizada. Finalmente, aunque Riva-Agüero se inclina parcialmente hacia los nuevos procedimientos «modernos», es evidente que comparte con Lorente el deseo de escribir una animada «historia filosófica» del Perú. En esta última tarea del «verdadero» historiador es razonable concluir que Riva-Agüero no logró superar a Lorente.

En cuanto a su opinión acerca de la obra de Lorente, la tesis de Víctor Andrés Belaúnde es aún menos estimable (si tal cosa es imaginable) que la de Riva-Agüero. Sin embargo, un lector de Lorente se preguntará si Belaúnde en realidad había leído dicha obra con algún detenimiento. En su tesis en jurisprudencia, «El Perú antiguo y los modernos sociólogos» (1908), Belaúnde escribe estas palabras: «Siguió a Prescott, informándose en el criterio de los trabajos sobre la historia de la civilización de Inglaterra de Buckle, el Señor Lorente, historiador superficial y diluido. Su obra, principalmente descriptiva, sin ideas de conjunto, es inferior al trabajo de Prescott» (BELAÜNDE 1908: 32).

Por el contrario, es evidente que la historia de Lorente se distingue de la de Prescott en varios puntos clave de interpretación, como veremos más abajo. Además, Lorente critica duramente la visión naturalista y positivista de Buckle, que nada tiene que ver con la historia de la civilización que escribe el guadalupano (LORENTE 1879: 8-9). Es por lo demás

de todas las generaciones sucesivas. Vive de dos cultos igualmente sagrados, el del recuerdo y el de la esperanza». RIVA-AGÜERO [1910] 1965, IV: 504-5.

abundante y evidente que Lorente elaboró una muy consistente y manifiesta «idea de conjunto» de la historia peruana. Según los criterios de su época y escuela, la historia que escribió Lorente no es para nada «descriptiva» ni «superficial» y tampoco «diluida»: todo lo contrario. Se trata, como hemos constatado arriba, de una historia filosófica y sintética de la civilización, basada en el método de la «historia crítica» y en las narrativas maestras (sobre todo las de Kant, Herder y Hegel) de la «Historia Universal». La obra de Lorente abrió «el libro de los reyes» a la lectura del pueblo moderno de la república, dando paso a la edad democrática de la historia nacional.

Por otro lado, es cierto, como ya hemos mencionado, que las breves pero prestigiosas reflexiones de Prescott influyeron en la obra de Lorente, pues Prescott y Lorente compartieron ciertas «prefiguraciones» liberales y providenciales de la Historia. Sin embargo, la influencia de Prescott es limitada. La narrativa protestante y orientalista del historiador norteamericano implicaba un paradigma anglosajón acerca de la decadencia imperial española, analizada en otro contexto por Richard Kagan (1996). Lorente no compartió ese paradigma. Como a cualquier pensador liberal del siglo XIX, la aparente organización del estado inca iba a preocupar a Lorente. Por eso admite que la civilización peruana bajo los incas en su «estado ideal» dejaba mucho que desear; y considera que tendía hacia el despotismo monárquico y, por lo tanto, a la inmovilidad histórica. Sin embargo, desde la «historia crítica», o sea, la perspectiva comparada, el estado incaico era admirable:

Mas, si no consideramos las instituciones incásicas en su relación con el ideal; si no que las comparamos con otros gobiernos imperfectos [...] las creyéramos sin duda dignas de elogio y admiración: ofrecieron un sistema admirable por sus proporciones, el vasto conjunto de sus partes y su general armonía [...] produjeron gran suma de bienestar, y echaron las bases para la unidad y engrandecimiento del Perú. (LORENTE 1879: 146-7)

El hecho es que la visión lorentina acerca del estado incaico y su legado actual es menos pesimista y menos orientalizante que la de Prescott. ¿Por qué? Cabe mencionar tres cosas: primero, la trama totalizadora y patriótica de la historia republicana de la civilización peruana implicaba una cierta simpatía con el gesto civilizador y patriótico garcilacista (que Prescott no pudo compartir). Segundo, para Lorente y su clase de historia, los «primeros orígenes» de la civilización eran de suma importancia «nacional» porque fijaban su naturaleza y por tanto su destino, a partir del cual se procedía a la identificación de los «obstáculos» a su desarrollo hacia la libertad providencial. En cambio, Prescott sostuvo que los orígenes de Manco Capac y de la civilización incaica yacían en una «tierra de obscuridad más allá del dominio de la Histo-

ria», es decir, quedaba fuera del alcance positivo del conocimiento histórico.³⁸ Tercero, Lorente fue miembro activo y creyente de un proyecto civilizador lascasiano que propugnaba la redención contemporánea del indio en el Perú. Por lo tanto, su visión del indio fue siempre nutrida por una sólida fe católica y caracterizada por una teología progresista.

A diferencia de Prescott y de otros muchos, Lorente siempre insistió en que la aparente «degeneración» del indio bajo los «despotismos» monárquicos del incanato y del coloniaje español no era tal y aun si lo fuera, no sería irremediable, porque el pasado y el presente lo desmienten:

Afortunadamente, la servidumbre inmemorial no ha llegado a degradar de una manera general y permanente el carácter del indio, convirtiéndolo en un ser estúpido sin aspiraciones, indiferente a todo, solo capaz de ser llevado por el mal, como han repetido sus opresores. Aun cuando la degradación se hubiera consumado, ahí está la historia, que desmentiría su pretendida ineptitud con los hechos que atestiguan su cultura. (LORENTE 1879: 146-7)

En otra ocasión he explicado cómo semejante gesto histórico de reivindicación del pasado glorioso servía para sostener una visión esquizofrénica del indio, cuyo resultado era abrir una grieta profunda entre el pasado y el presente, dado que el indígena contemporáneo se presentaba como ser «miserable» (THURNER 2003). Sin embargo, vemos que Lorente intenta cerrar esta grieta, al insistir en el heroísmo cívico y la virtud laboral del indio vivo. Así,

[...] no es necesario evocar el pasado para poner fuera de duda los bellos rasgos que le caracterizan [al indígena peruano]: aparece de un valor sereno en el campo de batalla; brilla en la enseñanza superior, en la prensa, en la tribuna y en los libros; ha dado a la iglesia santos y a la patria héroes; su dulzura rara vez se ha desmentido, siendo en su raza más raros los atentados, que en las razas de mejores costumbres; su docilidad, que la ambición ajena ha explotado, puede arraigar el orden social más perfecto; cuando se ha acusado de insensible, derrama raudales de ternura en sus cantares, y con frecuencia el dolor comprimido causa en su corazón estragos irreparables; no son raras las muestras que da de abnegación sublime; su pereza, que es consiguiente al trabajo mal retribuido, se convierte en laboriosidad, desde que está seguro de alcanzar la recompensa merecida; es reservado porque tiene justos motivos para no expresar lo que siente [...] No hay pues, en los vicios, que se atribuyen a los indígenas, nada que no sea obra del artificio y de la violencia, y por lo tanto todos han de desaparecer y están desapareciendo con una cultura más liberal, inteligente y moralizadora. (LORENTE 1879: 146-7)

³⁸ PRESCOTT [1847] 1874: 14. Ver también THURNER 2003.

Es cierto que Lorente creyó reconocer un «decidido espíritu oriental» en los indígenas peruanos —transmitido por migraciones muy antiguas y posiblemente con alguna influencia del antiguo idioma y «espíritu» de «las razas arias» o prearias, de acuerdo con la entonces influyente investigación filológica del historiador argentino Vicente Fidel López. Sin embargo, y como ya hemos visto para el caso de la *Historia del antiguo Oriente*, tal «espíritu» que, en el caso peruano se modifica y se califica como «comunal», siempre constituía una base sólida para un progreso ordenado hacia la libertad fraternal.

Para no malinterpretar a Lorente es necesario resaltar que para él «raza» normalmente quiere decir algo así como «espíritu histórico» (una idea de inspiración herderiana) de alguna civilización o «tronco» de la humanidad. Sin embargo, la aceptación de «raza» es múltiple y en el momento particular en que Lorente escribe *Historia de la civilización peruana*, se vive un tenso cambio de paradigma bajo la influencia del positivismo y de las nuevas investigaciones orientalistas. La referencia que hace Lorente a «las razas arias» no quiere decir que él creyera en una genética raza «blanca», superior por «su sangre» a todas las demás, y por lo tanto predestinada a dominar el mundo. Sí creía en un «espíritu de progreso» civilizador que últimamente se había querido identificar con un conjunto de pueblos o «razas arias» o «indo-europeas» identificadas a través de los nuevos métodos lingüístico-históricos desarrollados por los orientalistas. Como ha demostrado Mónica Quijada (1996), lo interesante es que sea el autor de esta tesis «aria» un historiador argentino de tendencias nacionalistas e incásicas. Fidel López recién había querido probar que el idioma quechua (que se suponía de los incas) revelaba una relación filológica con los reconstruidos Ur —idiomas ya muertos de la antigua India, estudiados por los orientalistas ingleses y alemanes, y que entonces se identificaban con «las razas arias» que habrían migrado en la primitiva antigüedad hacia Occidente. La tesis de Fidel López va en el sentido de que el quechua se habría constituido bajo la influencia lingüística de un lenguaje-madre ario o preario que se iba modificando a través de las edades migratorias de los pueblos orientales. Así, los incas, mediante su lenguaje, más que por la sangre, habrían recibido algo del «espíritu» o «germen» de «las razas arias» porque tal «espíritu» estaba grabado en el lenguaje mismo. Por tanto, la referencia que Lorente hace aquí es ambigua. Por un lado, la tesis de «las razas arias» puede ser reconciliada con la narrativa maestra de la historia universal según la cual el antiguo Oriente es «la cuna del hombre y de la civilización»; por otro lado, las nuevas investigaciones sugieren, pero no confirman, que «el espíritu» de «las razas arias» posiblemente fue diseminado por el mundo a través de los idiomas primitivos, uniendo

así la historia universal con la civilización americana y peruana. Como ya mencionamos, Lorente sostenía que el único vínculo entre la historia universal y la peruana sería muy antiguo y anterior a la civilización primitiva de los curacas. También sabemos que Lorente había leído la obra de Fidel López (1871) y que antes de su *Historia de la civilización peruana* (1879) no parece haber hecho ninguna referencia al concepto de «las razas arias».

Por lo demás, Lorente es firme cuando insiste que «con el tiempo» la historia «acabará con las razas» y con «la vieja calumnia de las razas opresoras contra las razas oprimidas» porque éstas son «la obra impía» de hombres:

Por mucho tiempo han predominado las opiniones más desfavorables al carácter de los indígenas [...] los han presentado como estúpidos animales [...] se dejan oír desde alturas [...] las declamaciones ya frías, ya vehementes, contra su rudeza, ingratitud, pereza, indolencia, incapacidad y otros defectos más graves, que se suponen ingénitos e incurables. Es la vieja calumnia de las razas opresoras contra las razas oprimidas; junto con la libertad se les arrebató parte de las facultades morales, pues, según la observación de Homero, Júpiter quita la mitad de la inteligencia a los esclavos; se les niega la educación y en vista de la inhabilidad, que es la consecuencia forzosa, se les declara condenados por la naturaleza a perpetua servidumbre; corrompiéndolos y degradándolos se les hace responsables de la corrupción del envilecimiento, que son el crimen de sus inhumanos tutores. Con la opresión secular llega a deteriorarse el cuerpo junto con las dotes del espíritu: la fisonomía de ciertos indígenas ofrece al aire de las razas decrepitas, hay ausencia total de lozanía, falta de frescura, que anima las razas llenas de juventud y de porvenir. Tal es la obra impía y destructora, no del tiempo, que gastará un día las razas, como gastará la tierra, sino de hombres, cuya imprevisión no se hace escrúpulos en convertir a otros hombres en simples instrumentos de su prosperidad y de sus locuras. (LORENTE 1879: 146-7)

La visión histórica del indio y de la civilización peruana elaborada por Lorente anticipó plenamente no sólo los argumentos o narrativas indigenistas (Castro Pozo, Valcárcel, hasta cierto punto Mariátegui también) sino igualmente los historicistas o «peruanistas» totalizadores (Belaúnde, Porras, Basadre) del siglo xx. Por eso, resulta clave la relectura crítica de su obra, pues nos presenta una visión genealógica y filosófica que representa la más lograda articulación fundacional de un discurso histórico nacional que se ha vuelto inconsciente por su condición de ser ampliamente compartido, vale decir, por constituirse en «sentido común» o prefiguración epistemológica de las explicaciones históricas actuales que se ofrecen acerca de la «realidad nacional peruana».

El éxito invisible

¿Por qué se ha vuelto invisible la narrativa genealógica y fundacional de Lorente? Hemos sugerido —sin demostrarlo— que la respuesta puede encontrarse en la historia intelectual peruana del siglo xx. Bosquejaremos rápidamente los elementos posibles de un exitoso olvido o sublimación funcional.

La guerra con Chile marca una aparente ruptura en la historia republicana del Perú. Como bien reconoció Basadre, se levanta desde los escombros intelectuales de la derrota la voz de Manuel González Prada y de otros; se comienza a fustigar todo lo republicano; se acentúa una «leyenda negra de la República» como «cueva de bandoleros» (BASADRE 2002, I: 51); se manifiesta que la nación no existe o que está al otro lado de los Andes. A partir de la derrota, González Prada pronuncia la rabiosa *tabula rasa* de la historia peruana: «¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!» (GONZÁLEZ PRADA 1985: 90).

El positivismo de González Prada y el neopositivismo de Riva-Agüero y Belaúnde gestionaban una ruptura intelectual. Curiosamente, Riva-Agüero es hasta hoy considerado (sobre todo en la Pontificia Universidad Católica del Perú) el «padre de la disciplina académica de la historia» en el país,³⁹ mientras que a Belaúnde se le acredita haber formulado la idea de «peruanidad». Sin embargo, hay buenas razones para pensar que ambos títulos correspondan a Lorente. En este sentido, ya es tiempo para reconocer que la historia «superficial» de Lorente sigue siendo «profunda» —tan profunda que ya no se ve.

Bajo el marco del centenario de la independencia se perfilan la vida y la obra de Basadre como gesto heroico de la memoria republicana: sobrevivir y contrarrestar el derrotismo y cinismo de la posguerra, crear y difundir una visión total y optimista del destino histórico del Perú. Vuelve con determinación erudita sobre la negada historia temprana de la República, retomando la tarea inconclusa de Paz Soldán. Sin embargo, la obra de Basadre nos presenta una visión historicista y genealógica del Perú que retoma y actualiza el historicismo alemán introducido por Lorente, pero a su vez sublima, contradictoriamente, la contribución fundacional del guadalupano. La visión de Basadre sobre las ideas políticas del siglo xix está marcada por el historicismo alemán; dicha tradición se basaba en parte en una negación propia que obedece a las coyunturas del nacionalismo alemán, la cual tiene implicancias importantes para la lectura o no-lectura de Lorente.

Como el mismo Basadre afirma, el historicismo alemán del siglo xix se constituyó en parte como una defensa nacionalista y romántica

³⁹ Véase KAULICKE 2001: 78.

frente a la histórica imposición del código napoleónico en «territorio alemán». Los historicistas legales consideraban dicho código francés como «racionalismo abstracto» y sin base en «la cultura alemana» o en «las costumbres alemanas» (BASADRE [1937] 1988: 13-18, 323-325). Postuló como crítica epistemológica la existencia de una relación orgánica entre «el pueblo-raíz» (*Grundvolk*) y las leyes que deben regir, vale decir, entre el verdadero suelo y la verdadera verdad, y entonces lanzó una agenda de investigación histórica para rescatar «lo profundo» de la cultura alemana. El cliché de un «país profundo» en Basadre no es más que la transferencia al suelo peruano de la noción historicista y dualista alemana (aunque con antecedentes en el preromanticismo inglés) de que, bajo un código artificial de leyes llamado «el país legal» yace un verdadero «pueblo-raíz» o *Grundvolk*. Basadre hace el mismo gesto crítico para el ámbito peruano, haciendo blanco del pensamiento republicano del siglo XIX en el Perú, descalificándolo por ser, primero, un caso extremo del «racionalismo abstracto» y, más tarde, un «sociologismo positivista» cuyas «leyes sociales» también negaban la realidad histórica peruana. El esquema de Basadre dejó un vacío inconsciente (pensamos así porque en ciertos pasajes de su *Historia del Derecho peruano* e *Historia de la República del Perú* Basadre parece reconocer la existencia de un pensamiento historicista durante dicha época media) entre el período inicial de la República y el período positivista de fines del siglo, pasando por encima del pensamiento histórico republicano y liberal de las décadas medias del siglo, es decir, «la segunda generación del liberalismo», cuya mejor expresión es la obra historicista de Lorente.⁴⁰ En términos generales, Basadre califica esta época media como «la prosperidad falaz» por el hecho de que el auge del guano termina en desastre. Resultaría que la tumba del «viejo» Lorente lleva el epitafio no sólo de «la prosperidad falaz» sino del pensamiento falaz. Por lo demás, no cabe aquí demostrar que la propia visión histórica de Basadre sobre el Perú puede ser entendida como una reinención de la lorentina, es decir, una visión historicista y genealógica igualmente basada en la filosofía y lenguaje alemanes y marcada por las figuras de Herder y Hegel. La «reinención» resulta del hecho que Basadre tiene la ventaja de vivir en el siglo XX, es decir, ha podido leer y incorporar a los nuevos historicistas, entre ellos Dilthey, Heidegger y Croce.

El hecho histórico es que la historia republicana de las civilizaciones que escribe Lorente fue la más indicada para cumplir la tarea fundacional de la nación contemporánea, que es hacer valer su nombre («el Perú») como homónimo «natural» y «antiguo» que «remonta las

⁴⁰ Véase el ensayo «La promesa de la vida peruana», en BASADRE 1958: 21-27. Este ensayo apareció en 1943 y se incluyó también en *Meditaciones sobre el destino histórico del Perú* (Lima, 1947).

edades» y une al «suelo» (el territorio) con sus ciudadanos a través del pueblo-raíz («los peruanos»). La historia genealógica del «movimiento general de la civilización» llamada «peruana» se articula en Lorente como discurso providencialista de la libertad que en su tiempo fue universal, republicana, progresista y cristiana y que se manifestó en ambos lados del mundo atlántico. Esta historia de la civilización peruana era, como la república misma, civilizadora: inventaba el objeto de su estudio (y de su deseo) al escribirlo. No era menos científica o moderna por hacerlo: al contrario, la republicana historia de la civilización era la manifestación política y poética de la moderna ciencia humana de su época. Buscaba comprender las armonías y las reglas profundas del «alma» humana y representarlas fielmente en una narrativa para el pueblo. Por eso Lorente insiste, «lo que el historiador de la cultura peruana no debe perder nunca de vista es la armonía entre todos los elementos civilizadores; el todo orgánico, que constituye la civilización, ha de reaparecer distintamente en el conjunto armonioso de su historia». Lorente tuvo razón: la armonía genealógica del discurso historicista sobre una larga historia peruana reapareció en Basadre, y ahora está en todas partes; por lo tanto es invisible. Desde Lorente en adelante la «historia peruana» será «un retrato animado» de una nación que se imagina como la genealogía de un destino unitario con nombre propio, y por eso se ha perdido de vista lo más obvio: la nación es la perpetua historia total del «ser» peruano y Lorente su primer «autor» contemporáneo.

Bibliografía

- BASADRE, Jorge. *La promesa de la vida peruana y otros ensayos*. Lima: editorial Juan Mejía Baca, 1958.
- _____. *Historia de la República del Perú 1822-1933*, sexta edición, 2 tomos. Lima: Editorial Universitaria, 1968.
- _____. *Historia del Derecho peruano*. Lima: Studium, [1937] 1988.
- _____. *La Iniciación de la República*, dos tomos. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, [1929-30] 2002.
- BELAÚNDE, Víctor Andrés. *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*. Lima: Tesis presentada a la UNMSM, 1908.
- CANIZARES-ESGUERRA, Jorge. *How to write the history of the New World*. Stanford: Stanford University Press, 2001.
- CÓRDOVA Y URRUTIA, José María de. *Estadística histórica, geográfica, industrial y comercial de los pueblos que componen las provincias del departamento de Lima*. Lima: Imprenta de Instrucción Primaria, 1839.
- _____. *Las tres épocas del Perú o compendio de su Historia*: edición de autor, 1844.

- FUENTES, Manuel Atanasio. *Aletazos del murciélago*. Lima: s/e, 1866.
- GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *Obras*, t. I, vol. 1, Lima: Petroperú, 1985.
- HARTOG, Francois. *El espejo de Herodoto*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- JULIAN, Catherine. *Reading Inca History*. Des Moines: University of Iowa Press, 2002.
- KAGAN, Richard L. «Prescott's Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain», *American Historical Review*, abril de 1996.
- KAULICKE, Peter (ed.). *Aportes y vigencia de Johann Jakob von Tschudi*, Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú Fondo Editorial, 2001.
- LASO, Benito. *Exposición al Congreso*. Lima: Imprenta Republicana, 1826.
- LEGUÍA, Jorge Guillermo. *Monumento a D. Sebastián Lorente*. Lima: s/e, 1918.
- LISSON, Carlos. «Memoria del Decano de la Facultad de Letras, 1884», en *Annales Universitarios del Perú*, t. XIII, Lima: Imprenta del Universo de Carlos Prince, 1887.
- LORENTE, Sebastián. *Curso elemental de Filosofía para los colegios del Perú: Psicología*. Ayacucho: Braulio Cárdenas, tomo I, 1853a.
- _____. *Curso elemental de Filosofía para los colegios del Perú: Metafísica*. Ayacucho: Braulio Cárdenas, tomo IV, 1853b.
- _____. *Pensamientos sobre el Perú*. Lima: Tipografía de la Voz del Pueblo, 1855.
- _____. *Historia antigua del Perú*. Lima: Poissy, 1860a.
- _____. *Compendio de Filosofía para los colegios de América: Lógica*. Lima: Librería de Masías, 1860b.
- _____. *Compendio de Filosofía para los colegios de América: Filosofía moral*. Lima: Librería de Masías, tomo III, 1860c.
- _____. *Historia de la conquista del Perú por los españoles*. Lima: s/e, 1861.
- _____. *Historia del Perú bajo la dinastía austriaca, 1542-1598*. Lima: s/e, 1863.
- _____. *Compendio de la historia romana para los colegios del Perú*, segunda edición. Lima: s/e, 1875.
- _____. *Compendio de historia contemporánea para los colegios del Perú*. Lima: s/e, 1876a.
- _____. *Compendio de la Historia antigua de Oriente*. Lima: Benito Gil, 1876b.
- _____. *Historia del Perú, compendiada para el uso de los colegios y de las personas ilustradas*. Lima: s/e, 1876c.
- _____. *Compendio de la historia griega para los colegios del Perú*. Lima: Benito Gil, 1876d.

- LORENTE, Sebastián. *Historia de la civilización peruana*. Lima: Imprenta Liberal, 1879.
- MACERA, Pablo. *Trabajos de Historia*. Lima: INC, [1977] 1988.
- MONTOYA, Gustavo. «Jorge Basadre: El ensayo como estrategia», en BASADRE 2002, I: 17-42.
- OSORIO, Alejandra. «Inventing Lima: The making of an early modern colonial capital», Disertación Ph. D., SUNY-Stony Brook, 2001.
- PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe. *Historia del Perú independiente, primer período, 1819-1822*. Lima: s/e, 1868.
- PEASE, Franklin. *Perú, hombre e historia: la República*. Lima: Edubanco, 1993.
- PERALTA BARNUEVO, Pedro. *Historia de España vindicada*. Lima, s/n, 1730.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl. *Fuentes para la Historia peruana*. Lima: s/e, 1963.
- PORTACARRERO, Gonzalo y Patricia OLIARTE. *El Perú desde la escuela*. Lima: Apoyo Agrario, 1989.
- PRESCOTT, William. *History of the Conquest of Peru*, vol. 1. Filadelfia: Lippincott, [1847] 1874.
- QUIJADA, Mónica. «De la Colonia a la República: Inclusión, exclusión y memoria histórica en el Perú», *Histórica*, vol. XVIII, N.º 2, diciembre de 1994.
- _____. «Los “Incas arios”: Historia, lengua y raza en la construcción nacional hispanoamericana del siglo XIX», *Histórica*, vol. XX, N.º 2, diciembre de 1996.
- RANCIERE, Jacques. *The Names of History: On the Poetics of Knowledge*, trad. Hassan Melehy. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994.
- RAYNAL. *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les Deux Indes*. Génova: s/e, 1783.
- RIVA-AGÜERO, José de la. *La Historia en el Perú*. Lima: Tesis presentada a la UNMSM, 1910.
- _____. *Informe sobre textos escolares de Historia del Perú y de la Economía Política Presentado a la Dirección de Exámenes y Estudios del Ministerio de Instrucción*. Lima: Imprenta Gil, 1935.
- _____. *Obras completas*, tomo IV. Lima: IRA, 1965.
- RIVERO Y USTARIZ, Mariano de. *Antigüedades peruanas*. Viena: Imprenta Imperial, 1851.
- RUBIO FATACCIOLI, Alberto. *Sebastián Lorente y la educación en el Perú del siglo XIX*. Lima: s/e, 1990.
- SAID, Edward. *Orientalism*. Nueva York: Signet, 1973.
- SOLÍS, Antonio de. *Historia de la conquista de México, población y progresos de la América Septentrional conocida por el nombre de Nueva España*. Escrita por «Don Antonio de Solís, Secretario de su Magestad, y su Chronista mayor de las Indias». Madrid, 1684.

- THURNER, Mark. «Peruvian Genealogies of History and Nation», en THURNER y GUERRERO 2003: 141-175.
- THURNER, Mark y Andrés GUERRERO (eds.), *After Spanish Rule: Postcolonial Predicaments of the Americas*. Durham: Duke University Press, 2003.
- UNANUE, José Hipólito. *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre*, segunda edición. Lima: s/e, 1815.
- WHITE, Hayden. *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1973.